



PARTE 1

MARIA BEATOBE

POR AMOR

CONFÍÉ EN TÍ

Click
EDICIONES

Cuando a Naira la invitan a la fiesta de fin de Instituto no se imaginaba que el acudir le iba a cambiar tanto la vida. Lleva tiempo enamorada de Mora, su compañero de clase, y el también acudirá a la fiesta... La acompañan sus amigas Noemí y Cloe, directa y descarada la primera, tímida e insegura la segunda.

Naira, dulce y soñadora, nunca ha tenido novio y sueña con encontrar a su Príncipe azul, pero la vida no es siempre de color de rosa y Naira se dará cuenta con una dura lección.

Gael es un joven empresario presionado por su familia para seguir los pasos de su padre, aunque en realidad su sueño es dedicarse a la fisioterapia deportiva.

El destino hará que sus vidas se crucen y surja entre ellos una fuerte amistad... ¿O es algo más?

Una historia de amor, amistad, celos, pasión, primeras veces, carácter, ilusiones, fracasos, miedos, obsesiones, risas, sueños... Y sobre todo unicornios, muchos unicornios.

Índice

Portada

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

BIOGRAFÍA MARÍA BEATOBÉ

Créditos

Capítulo 1



La noche prometía, aunque el plan previsto no me entusiasmara demasiado desde el principio. Cloe se había puesto tan pesada en que la acompañara que, al final, tras sobornarme con invitarme a unos buenísimos profiteroles bañados en chocolate caliente si iba con ella, hizo que definitivamente pudiera más la gula que mis pocas ganas de ir. Al fin y al cabo, solo era una fiesta de fin de curso con la misma gente del instituto que, día tras día y durante cuatro largos años, me había encontrado por los pasillos. Ir a tomar algo a una discoteca para volver a ver a la gente de siempre y fingir una sonrisa como si te alegraras de verlos. ¡Qué divertido! (Nótese la ironía.) También tengo que reconocer que soy bastante antisocial. Con esto no me refiero a que vaya ignorando a la gente que me habla ni que sea una borde malcriada, pero bueno, digamos que no hacía mucho por ampliar mi círculo de amistades. Me sentía segura en mi zona de confort, con mi espacio, mi gente y mis manías. Porque también era un poco maniática —más bien diría que perfeccionista—, aunque no una de esas chifladas que vigilan obsesivamente si sus cosas están en el mismo sitio donde las había dejado treinta segundos antes. Me gustaba hacer las cosas bien aunque tardara más tiempo en realizarlas, y eso hacía que a veces mi paciencia, que ya os digo que tenía bastante, empezara a rozar límites poco agradecidos para la gente que se encontrara en esos momentos a mi alrededor.

—¿Que tengo que hacer qué? Estás de coña, ¿verdad, Cloe? —dije mirándola incrédula.

—Anda, no seas carca, lo pasaremos bien —respondió mientras sacaba de su bolso un pequeño espejo y ponía morritos para comprobar que sus labios maquillados seguían manteniendo el mismo tono rosa palo que llevaba cuando había llegado a su casa.

—No es cuestión de ser carca, es cuestión de dignidad —respondí mirando al techo y resoplando.

—¿Dignidad? Y qué más da eso. Hoy en día casi nadie tiene —alegó mi amiga sin mirarme.

—Cloe, me estás pidiendo que aparezca en la fiesta vestida como una jodida verbena —dije mirándola de medio lado.

No pudo evitar soltar una carcajada, que terminó por contagiarme. Cerró despacio el espejito y lo volvió a guardar en el bolso.

—¿Una verbena? ¡Anda ya! Iremos... a ver qué palabra utilizo para que me entiendas... —Se quedó pensativa para encontrar el término exacto—. Atrayentes —dijo por fin.

—¿Atrayentes? Venga ya. Ridículas, diría yo.

—Pero vamos a ver, Naira —dijo incorporándose en el sillón y poniéndose frente a mí—. La consigna de la fiesta es la misma para todos, así que si quieres definir que nuestro atuendo será ridículo, todos iremos ridículos. Así que espabila y mueve el culo.

—Joder, ya podrías habérmelo avisado antes; faltas un par de días al instituto y te pierdes la información más importante de todo el año. ¡A ver ahora lo que encuentro! —protesté.

—No seas fatídica y ve a casa a prepararte. Yo voy a darme una ducha. ¡Y no te quedes ahí sentada, que te conozco!

Mi amiga se levantó con agilidad, y mientras se dirigía hacia el baño, volvió la cabeza con alegría y me dijo adiós con la mano, tipo despedida de una princesa o una reina, moviéndola y girando solamente la palma de un lado a otro.

—¡Luego nos vemos, guapi!

—Venga, vale... Que sí, que voy... —respondí con desgana apoyando los brazos en el sillón con total apatía y resoplando.

Me levanté del asiento, cogí el bolso de mariposas que había dejado apoyado en una de las sillas del comedor y me fui de casa de Cloe, no sin antes despedirme de su hermano, que jugaba a la consola en su habitación.

—¡Chao, enano! —exclamé asomando solo la cabeza por el marco de la puerta.

—¡Adiós, Naira! —respondió sin apartar los ojos de la televisión.

Vivíamos cerca una de otra, apenas cruzar una calle y ya estaba en mi casa. Era un barrio céntrico de Madrid, la Latina, uno de los más castizos de la capital. Cloe y yo vivíamos en la calle Colegiata y Noemí en una calle cercana, Duque de Rivas. Cuando llegué no había nadie en casa. Mi madre trabajaba hasta las seis y mi padre llegaría como a las siete. Ahora eran las cuatro y media, y a las ocho de la tarde había quedado en el portal con Cloe y mi otra amiga, Noemí.

Nada más entrar en mi casa fui directa a mi habitación y me planté frente al armario con los brazos en jarras pensando qué ponerme para la fiesta y, sobre todo, recapacitando en qué momento había aceptado ir. No me apetecía absolutamente nada romperme ahora la cabeza pensando en cómo hacer el mayor ridículo de mi vida en la fiesta de fin de curso antes de hacer la selectividad.

La consigna era clara, muy a mi pesar: teníamos que llevar en nuestro atuendo, y repartidos como nos diera la gana, ¡todos los colores del arcoíris! ¡Pero a quién se le habrá ocurrido semejante chorrada! Mi fondo de armario no era nada del otro mundo. Reconozco que me gustaba la ropa, pero para conseguir todo lo que deseaba tener y de las marcas que quisiera comprar había que disponer de mucho dinero, y yo... no lo tenía. Vivía con mi madre y mi padre en nuestra casa, y yo sobrevivía con la paga que me podían dar y con lo que me sacaba de vez en cuando cuidando a la niña de cuatro añitos de la vecina de arriba.

Tenía diecisiete años y mis padres me decían que debía acabar mis estudios, que no hacía falta que buscara un trabajo más estable, que estaba bien ahora como estaba y que ellos me pagarían mis cosas. Pero claro, dentro de un límite, y no es que sea de gustos caros, pero la ropa era en cierto modo mi debilidad, la única, tengo que reconocer. No fumaba, no salía mucho con mis amigas y los libros que adquiría me los compraba digitales para que me salieran más baratos, aunque donde esté un libro en papel, con su olor característico, su tacto, su textura... Pero bueno, que me desvío, que no sabía qué ponerme para la fiesta de fin de curso del instituto antes de realizar los exámenes de acceso a la universidad. Estaba algo agobiada por esas pruebas; te lo jugabas todo a una carta, pero había que hacerlos y demostrar todo lo que se había estudiado durante el año.

Era la última celebración y el instituto había hablado con una discoteca grande de la zona para celebrar que nos despedíamos de este centro para cambiar de escenario y comenzar la universidad, quien quisiera ir, claro. Otros preferían hacer algún módulo o directamente comenzar su vida laboral y dejar de estudiar.

Yo, por mi parte, quería hacer la selectividad y estudiar Magisterio. Magisterio de primaria. Desde siempre me había gustado ser profesora y, aunque mis padres me dijeron que me lo pensara antes, que había muchas más carreras con más salidas laborales, una tarde les argumenté mis razones por las que quería estudiar esa carrera y su respuesta fue que si a mí me hacía feliz, no había nada más que hablar.

Tenía muy buena relación con mis padres; éramos un prototipo de familia en la que podíamos hablar de todo. Bueno, de todo, no. Obviamente había temas que yo no comentaba con ellos, como, por ejemplo, chicos, citas, de si me gustaba uno u otro..., ¡y de sexo, menos!, pero, por lo demás, nunca dudaba en pedirles consejo. Y el tema relacionado con los estudios que quería cursar fue uno de ellos.

Mientras seguía mirando mi armario con cara de total ostracismo y pereza, mi móvil empezó a sonar. Me acerqué al escritorio, donde había dejado el teléfono, y lo cogí. Miré la pantalla y vi que era Noemí, otra de mis grandes amigas.

—Noe, dime que no vas a la fiesta porque te han salido unas paperas enormes y que quieres que me quede contigo toda la noche cuidándote —dije del tirón nada más descolgar.

Detrás del auricular se escuchó una carcajada.

—Pues no, nena —respondió ella—. Te llamo para animarte porque sé que no estás con muchas ganas de ir.

—Ya te ha escrito Cloe, ¿no? —dije tirándome de espaldas en la cama.

—¿Qué más da eso? ¡Vamos a disfrutar que acabamos ya de una vez el coñazo de instituto! ¡Aunque sea solo por decirles adiós a todos con el dedo corazón! —Ella siempre tan sutil—. Anda, nena, prepárate y ¡vamos a darlo todo!

—Joder, estás animadísima, ¿eh? —dije sin mucha euforia.

—Ya ves... hay que disfrutar de la vida, nena. Además, piensa que tu queridísimo «Romeo» estará también por ahí... —dijo sarcásticamente.

—Anda, ¡no seas tonta! —me quejé esbozando una sonrisa invisible para ella—. Fíjate que no me lo imagino diciendo «se ríe de las cicatrices quien nunca ha sentido una herida» —recité en un tono teatral exagerado.

—Ya ya, yo seré tonta, pero reconoce que te mueres por verle fuera del instituto otra vez —vaciló—. Por cierto, sabes que eres una friki de *Romeo y Julieta*, ¿verdad? —susurró.

—Sí, lo sé... no puedo evitarlo; he leído la obra tantas veces que me la sé de memoria —dije con aire de suficiencia—. Y lo dicho, Noe, ¡a Mora lo veo todos los días! —continué sabiendo que realmente me moría por tenerlo cerca, pero no podía reconocerlo tan abiertamente ante ella.

En realidad, era un verdadero suplicio verlo todos los días en clase, con esa cara, ese pelo, ese cuerpo, esa voz... ¡ese todo! Pero tenía que mantener el tipo y no parecer tan desesperada, o mis amigas estarían todo el día vacilándome y gastándome bromitas, o, lo que es peor, él se daría cuenta... y ahí sí que ya preferiría que la tierra me tragara cual gusano antes de cruzarme con él en clase o en los pasillos sabiendo que sabe que me gusta.

—Naira, llevas todo el curso babeando por él. Y además, el viaje de fin de curso de la semana pasada dio mucho de sí, ¿eh, nena?

—¡Pero qué dices! ¡Si la última palabra que crucé con él fue en el avión de vuelta!

—Ya ya... ¡pero qué frase! ¿Quieres que te la recuerde? «Déjame conocerte» —dijo con voz grave imitando la de Mora.

Una nube de mariposillas revolotearon por mi estómago al recordar ese momento en el avión de vuelta de París.

—Ponte cañón y vamos a celebrar el fin de fiesta como se merece —me alentó Noe.

—¿Vestida de florero? —ironicé levantando una ceja.

—Anda, ¡no seas agonías! Ahora te doy un truquillo para la vestimenta de la fiesta.

Nos despedimos y la verdad es que su idea me solucionó el no tener que ir a la fiesta vestida como un cuadro de Picasso, con todos mis respetos al pintor.

Capítulo 2



Cuando ya había decidido lo que me iba a poner, lo dejé extendido y me fui al salón a leer un rato; aún tenía tiempo de sobra antes de empezar a arreglarme. Ahora estaba enfrascada en una novela romántica que me tenía totalmente absorta y apenas me quedaban cincuenta páginas para ponerle fin. Por un lado, me daba muchísima pena terminarla porque la autora había conseguido engancharme desde el primer minuto y me sentía bastante identificada con la protagonista, pero, por otro, no podía dejar de leer.

Llevaba como una media hora sumergida en el libro cuando la puerta de mi casa se abrió y se cerró despacio a los pocos segundos. Oí como dejaban las llaves sobre la mesita del recibidor y, sin mirar, ya sabía quién era.

—¿Nai? —preguntó una voz femenina desde la entrada.

—¡Aquí, mamá! —respondí levantando un brazo en señal de posicionamiento.

—Hola, hija —dijo mi madre dejando las bolsas de la compra en el salón y sentándose a plomo en el sofá mientras resoplaba.

—Hola, mami, ¿estás cansada? —pregunté dejando el *ebook* y mirándola.

—Uf, sí, cariño. Las piernas no me responden.

—¿Mucho jaleo hoy en el centro comercial?

—Pse... más que nada que la gente no respeta nada; estoy limpiando las escaleras y ni se apartan, no usan las papeleras...

Mi madre trabajaba para una empresa de limpieza que ahora se ocupaba de mantener aseado un gran centro comercial cercano a mi casa. El lado bueno era que podía ir caminando o en autobús, ya que solo tenía una parada hasta su trabajo.

Soy de las que piensan que siempre hay que mirar el lado bueno de las cosas, por pequeño que sea, y aunque a veces sea difícil, algo habrá, seguro. Reconozco que en muchas ocasiones estamos tan mal que nos cuesta poder ver siquiera un pequeño punto de luz que nos haga tirar hacia delante, pero yo siempre pienso que en algún lugar está; escondido, pero está. Solo hay que tener paciencia para esperar a que salga

o buscarlo con todas nuestras fuerzas, aunque sea a base de superar un poquito el dolor en el que estemos inmersos.

Mi madre llevaba muchos años en esa empresa y la verdad era que se portaban muy bien con ella —permítidme que me sorprenda a mí misma alegrándome—, cuando lo normal sería que la gente se comportara bien con los demás. Ahora resulta que el que te traten bien en un trabajo es de admirar. Bueno, total, que se tira allí hasta las seis de la tarde de lunes a domingo, con un día libre a la semana que nunca es el mismo, y se lo avisan bastante tarde, bajo mi punto de vista. Pero en fin, por lo menos tenía trabajo y ella lo llevaba bien, aunque reconozco que muchas veces su aspecto aparentaba más años de los que realmente tenía. En la vida le había tocado luchar mucho y eso se reflejaba en su apariencia. Somos personas, no máquinas a las que cambias las pilas y vuelven a estar nuevas. Pero seguía siendo preciosa.

—Bueno, mami, ya estás en casa... y la próxima vez le pones la zancadilla al que tire algo y, ya que está en el suelo, que lo recoja, ¿no? —dije guiñándole un ojo.

—Ay, Nai, hija, ¡qué bruta eres! —respondió con el típico tono de madre que todos conocemos—. ¿Vas a hacer algo esta tarde? Es viernes —dijo estirando la mano para que se la cogiera.

—Puf, no me lo recuerdes —respondí poniéndome el cojín en la cara y dándole la mano.

—Anda, ¿y eso? ¿Dónde vas? Cuéntame. —Se incorporó un poco.

—Voy a una fiesta que ha organizado el instituto para celebrar el fin de curso —dije entornando los ojos.

—Ah, pues no parece mal plan, ¿no? ¿Irás con Noemí y Cloe?

—Sí, iremos juntas, pero porque Cloe me ha prometido unos profiteroles; si no, me quedaría en casa haciendo calceta si hiciese falta.

Mi madre rio con ganas ante mi comentario.

—Eso tendría yo que verlo, que tú lo de coser... —respondió socarrona—. Y ¿por qué no quieres ir a la fiesta? Cuéntame.

—Joder, mamá...

—Chsss —me interrumpió—. Esa boca...

—Perdona. Jo, mamá —repetí entonando más fuerte la primera palabra—, pues porque para ver a la misma gente de siempre, me quedo en casa.

—Mira que te gusta poco relacionarte, Nai. Sal y diviértete, que en nada te plantarás en mi edad y dirás... ¡en qué momento no me divertí cuando pude...! —apuntó levantando las cejas.

—Ay, mamá, ¡no me des esos ánimos! —exclamé levantándome del sillón y dirigiéndome a ella—. Anda, achúchame, que me has convencido. Me voy a preparar.

—Ven aquí, cariño —dijo respondiendo a mi afecto.

Mi madre me tuvo con apenas dieciocho años, «era una niña aún», como ella me decía, «ten más cabeza que yo, Nai», me repetía algunas veces. Ahora mi madre tenía

solo treinta y cinco, era jovencísima y, por su aspecto, pasaría por mi hermana perfectamente. Era rubia, de pelo lacio a la altura de los hombros y con unos ojos grandes que transmitían mil sensaciones con solo mirarte. Mi padre y ella habían conseguido salir adelante aun con el poco apoyo de sus padres. Para mis abuelos, mi madre lo había hecho fatal y ella se lo había buscado, así que, con todo su orgullo y sus ovarios bien puestos, se marchó de casa a vivir con mi padre en un pequeño estudio cuando estaba embarazada de dos meses. Mi padre es un par de años mayor que ella, pero encontró rápidamente trabajo en una fábrica de calzado y pudieron salir adelante. Pero yo no conozco a mis abuelos; mi madre me dijo que si le habían dado la espalda en un momento como ese, no merecían saber nada más. El caso es que a veces llego a preguntarme si le destruí la vida a mi madre con mi prematura llegada, si se arrepentía de haberse quedado embarazada tan joven, pero obviamente son preguntas que no le iba a hacer por mucha curiosidad que tuviera, primero por respeto y segundo por miedo a su respuesta.

Me fui directa a la ducha para empezar a prepararme. Al final me decanté por unos vaqueros de pitillo negros con la zona de las rodillas rasgada y una camiseta de tirantes color rosa flúor. Me dejé el pelo suelto y me lo alisé con el secador. La semana anterior había ido a la peluquería porque había ahorrado y tenía ganas de darme unas mechas californianas, así que dicho y hecho. Pelo castaño por arriba y casi rubio por abajo. Me puse unas sandalias con plataforma y cogí un bolso pequeño en bandolera para meter lo justo: llaves, monedero y poco más. Me maquillé los ojos con kohl negro y máscara de pestañas del mismo color y los labios con un rosa mate.

Cuando estaba metiendo las llaves en el bolso, en mi móvil sonó un mensaje. Era del grupo que teníamos las tres, Noemí, Cloe y yo. Lo habíamos llamado «Incomprendidas» porque cada una éramos diferentes, no teníamos nada que ver y, sin embargo, éramos inseparables. Los polos opuestos se atraen, o eso dicen, y nosotras éramos la prueba de ello. Cada una se sentía incomprendida a su manera, pero entre las tres nos entendíamos a la perfección con solo mirarnos. Habíamos elegido como foto del grupo la imagen de un unicornio de color arcoíris. Pensábamos que estos animales eran también unos incomprendidos por ser diferentes. Noemí siempre bromeaba con que a ellos nunca les dejaban jugar con pelotas de playa porque siempre acababan pinchándolas. Nosotras nos sentíamos un poco «unicornias», un poco diferentes.

—Estamos ya abajo, lenta —escribió Noemí.

—Voyyyyy —respondí con un emoticono de una cara sonriente.

Salí al salón. Mi padre ya había llegado y estaba en la cocina preparando la cena con mi madre. Me asomé y los dos reían sobre algo que mi padre contaba. Cómo me gustaba verles así, relajados, sonriendo, sin nada más que ellos dos y su conversación.

—Tortolitos, me marchó —dije desde el umbral de la puerta.

—Espera, espera que te vea —dijo mi padre acercándose con el ceño fruncido, pero sin poder evitar que un atisbo de sonrisa apareciera en su cara.

—Espera, papá, que traigo el escáner para ver si llevo una pistola —bromeé levantando las manos.

—¿No tendrás frío? Esa camiseta... —dijo negando con la cabeza.

—¡Papá! ¡Que no hace frío! Si quieres me pongo el esquiama para ir a la fiesta —repliqué arrugando la nariz.

—Anda, deja a la niña que se vaya y disfrute —dijo mi madre, siempre tan conciliadora—. Pero ¿no vas a cenar nada antes de irte?

—No, mami, es que no me apetece ahora nada. Ya comeré algo con estas.

—¿Llevas dinero? —preguntó mi padre echándose la mano a la cartera.

—Sí, papá. Tranquilo —respondí dándole un sonoro beso y otro a mi madre—. Os quiero, ¡sed buenos!

—Aquí a las doce —dijo mi padre.

—¡Vale!

Y tirando un beso al aire que mi madre cogió al vuelo con una sonrisa, abrí la puerta de casa y fui abajo en busca de mis amigas.

Capítulo 3



Cuando bajé, ahí estaban las dos apoyadas en el coche aparcado frente al portal riendo a carcajada limpia. A saber qué les haría tanta gracia. Abrí la puerta y vi a Cloe con un vestido blanco pero con muchos colores estampados, como si hubieran cogido varios cubos de pintura y se los hubieran tirado encima. La verdad es que era original y tengo que reconocer que muy bonito. Noemí iba más sencilla, vaqueros y camiseta de tirantes con estampado militar.

—¿Se puede saber qué os hace tanta gracia? —dije mientras salía y me acercaba a darles un beso sonoro a cada una.

—Hola, nena —saludó Noe dándome un abrazo. Ella siempre me llamaba nena. Al principio no me gustaba, pero al final se había convertido en una costumbre agradable. Si me llama Naira es que está muy cabreada.

Recuerdo que antes me llamaba así para fastidiarme —yo era muy tímida y ella siempre muy resuelta—, y se metía conmigo porque yo no era como ella, y para vacilarme me decía «nena, espabila», y míranos ahora, si no me llama nena lo echo de menos.

—Pues de que un chaval se acaba de tragar la farola mientras miraba el móvil. ¡Madre mía! He llegado a pensar que se quedaba sin conocimiento —me contó Cloe llevándose la mano a la cabeza.

—Ya, pero según ha caído de culo, se ha levantado y disimulando, como si nada, ha seguido caminando. ¡Qué *crack*! —estalló de risa Noe.

Fuimos a la discoteca caminando, pues en unos quince minutos, no mucho más, estaríamos allí. No era un día especialmente caluroso y se agradecía andar mientras corría un poquito el aire.

—Bueno, Nai, ¿ya estás preparada para ver a tu amor platónico fuera del instituto? —vaciló Cloe.

—Con algo que no sea un chándal —apuntó Noe intentando no decirlo muy alto.

—Pero ¡cómo sois! —dije sin poder evitar sonreír—. ¿Queréis dejarme? Lo que está más que claro es que entre Mora y yo nunca va a pasar nada.

—Claro claro —dijo Noe entornando los ojos.

—¿Y cómo estás tú tan segura de eso? —preguntó Cloe.

—Pues porque lleva todo el año sin mirarme a la cara; la única vez que he cruzado dos palabras con él fue la semana pasada en el viaje y ¡nada más! Así que como para fijarse en mí para algo más. Incluso ha tenido todo el curso para buscarme y no lo ha hecho —dije mirándome las manos.

—Pues tienes buen culo —bromeó Noe mirándome el trasero.

Las tres nos echamos a reír y en nada llegamos a la discoteca donde se celebraría la fiesta de fin de curso. La fachada era enorme, pintada de color crema, y estaba presidida por unas letras grandes luminosas con el nombre, Libélula.

Mora y yo habíamos coincidido en el instituto el último año. Él había repetido y recuerdo que cuando lo vi por primera vez me pareció guapísimo. El típico líder de la clase que atrae a los chicos porque se quieren parecer a él y a las chicas por el atractivo y magnetismo que desprende. Era rubio, con el pelo siempre curiosamente despeinado, y solía llevar un chándal de marca que invariablemente definía su atuendo. Su forma de ser le hacía estar rodeado de chicas, a las que habría que poner un babero para evitar que las babas encharcaran la clase, y de chicos sin personalidad que deseaban convertirse en el próximo Mora.

En realidad se llamaba Fernando, pero se le conocía por su apellido y de hecho me enteré de cómo se llamaba cuando el primer día uno de los profesores se dirigió a él por su nombre de pila. Pero siempre respondía por Mora y parecía que dirigirse a él por su apellido le daba más estatus. A mí eso siempre me han parecido chorradas, pero bueno, ya se sabe cómo funcionan las cosas a nuestra edad. Creo que habríamos cruzado dos palabras en todo el curso y ambas relacionadas con los apuntes de alguna asignatura, pero reconozco que miradas, muchas, sobre todo mías, y a veces, cuando yo lo hacía, le pillaba observándome, y yo retiraba la vista entre nerviosa y satisfecha. No quería parecer desesperada, pero no sé qué tenía que me atraía irremediamente. Era algo más alto que yo, aunque no mucho, y delgado, algo musculado, pero poco. Los ojos eran grandes y de un color gris azulado que, con solo mirarlos, me ahogaba aun sabiendo nadar. Pero bueno, el caso es que él no quería nada conmigo y así se iba a quedar, porque lo que estaba claro es que yo no iba a hacer nada. No lo había hecho durante todo el curso, no lo iba a hacer ahora. Y todo por una mezcla explosiva entre timidez y orgullo. Pero yo me escondía detrás de mi escudo protector y no quería reconocer ni ante mis mejores amigas que Fernando Mora me gustaba muchísimo.

La semana anterior habíamos estado de viaje de fin de curso en París. Fueron solo cuatro días, pero los suficientes como para volver enamorada de ese lugar. Era la Ciudad de la Luz, esa que desprendía cada una de sus históricas calles, con montones de rincones encantadores a lo largo de sus callejuelas empedradas.

Nuestro tutor nos aconsejó, unos días antes de irnos, que si queríamos empaparnos de París antes de visitarlo viéramos películas como *Amélie*, de Jean-

Pierre Junte, *Midnight in Paris*, de Woody Allen, o *Frenético*, de Polanski. Yo me decanté por la primera, porque me llamó más la atención la historia de esa chica cuyo objetivo en la vida era ayudar a los demás.

Tenía tantísimas ganas de conocer Notre Dame que, cuando la vi, no solo no me decepcionó en absoluto, sino que volví a Madrid con ganas de aprender aún más cosas sobre ella. Hicimos excursiones, vimos la Torre Eiffel, el palacio de la Ópera, el obelisco de Luxor, los Campos Elíseos con el Arco del Triunfo al fondo. También vimos parte del Museo del Louvre, porque verlo todo era imposible por cuestión de tiempo, el barrio de los pintores, el Sacré-Coeur... Cada rincón de esa ciudad, en mi opinión, desprendía encanto. El barrio de los pintores, como así llaman a la zona de Montmartre, me fascinó; me pareció un perfecto escenario para presentar las obras de esos desconocidos artistas.

No todos los alumnos fuimos a ese viaje. En algunos casos, hubo padres que no dejaron ir a sus hijos por los motivos que fueran, pero las que sí estábamos allí fuimos Noe, Cloe y yo, aunque no éramos las únicas: Mora también fue, con parada cardiaca por mi parte incluida. Cuando me enteré de que iría, el corazón se me puso a mil por hora. ¡Íbamos a dormir en el mismo hotel, muy cerquita uno del otro! Hasta para elegir el pijama tardé horas pensando en que, como en las películas, cuando los profesores se durmieran, los chicos se colarían en nuestras habitaciones. Nota mental: tengo que dejar de ver esas series que me hacen pensar cosas malas... o buenas, según se mire.

Y efectivamente, la primera noche, en la habitación de Noemí nos colamos nosotras y algunos chicos de la clase, entre ellos Mora. ¿Veis como al final tardar una hora en buscar el pijama apropiado había servido para algo? Me decanté por uno de pantalón corto y camiseta de manga corta de color lila con un corazón rojo en el centro. Yo no tenía mucho pecho y reconozco que eso me causaba bastantes complejos a la hora de vestirme, pero me había comprado un sujetador de esos que hacen que tengas más canalillo y para este viaje me había jurado antes de salir que me lo pondría hasta con el pijama, por si acaso..., y esa fue una de las situaciones en las que me alegré de habérmelo puesto.

Cuando los profesores nos dijeron que apagáramos las luces y que nos acostáramos ya, todos hicieron caso menos nosotros. Por la tarde, las tres habíamos hablado de vernos después del toque de queda en la habitación que Noemí compartía con Alba, otra compañera de clase.

¿Que por qué lo íbamos a hacer? Pues no lo sé, la verdad, porque tampoco es que tuviéramos que contarnos nada que no pudiéramos decirnos al día siguiente. Supongo que fue por hacer la gamberrada y sentirnos «malas chicas» por una noche.

Nos asomamos con prudencia al pasillo, mirando de izquierda a derecha y de derecha a izquierda para ver si había alguien, y, cuando lo vimos despejado, Cloe y yo nos acercamos a la habitación de Noemí. Según llamamos con mucha cautela y

con la contraseña, que eran tres toques suaves con los nudillos en la puerta, Alba la abrió rápidamente y vimos a Noemí saltando en la cama mientras sonaba una canción de David Guetta en un canal musical. Con una amplia sonrisa, nos unimos a ella con rapidez y acabamos saltando las cuatro entre esas dos amplias camas, pero cantando por lo bajito para que no nos pillaran. Y cuando estábamos en lo mejor de la canción, llamaron a la puerta. Dejamos de saltar a la vez, igual que se nos abrieron los ojos como platos al unísono, y nos pusimos las manos en la boca también al mismo tiempo. Ninguna se movía, solo nos mirábamos; la habíamos cagado. Nos habían pillado. Incluso contuvimos la respiración con fuerza como si nuestro simple aliento pudiera descubrirnos.

—¡Corred! —susurró Alba—. Meteos en el baño —nos dijo a Cloe y a mí.

Nosotras hicimos caso como si la vida nos fuera en ello y corrimos hacia el baño, cerrando la puerta muy despacio. Pusimos la oreja, pero no se oía nada. Sentimos como Alba abría la puerta, pero seguíamos sin escuchar nada, ni bueno ni malo, nada. Estábamos tan contenidas que casi ni inhalábamos ni exhalábamos. Ahora sí que estaríamos castigadas de por vida y no nos dejarían ir a la selectividad. «Me acabo de cargar el curso por una mierda de gamberrada», pensé. Empecé a tener sudores fríos y las piernas me temblaban. Y por cómo me miraba Cloe, creo que ella estaba igual. Verás cuando mis padres se enteren. «Si es que eso me pasa por ver esas películas, joder. Con lo bien que estaríamos ahora Cloe y yo en nuestra habitación, tan relajadas, metidas cada una en su camita charlando sobre obviedades. Pues no, aquí estamos, escondidas en un baño esperando nuestra sentencia.» Preocupadas por no oír nada, nos miramos levantando las cejas como preguntando qué estaría pasando ahí fuera.

De repente oímos que se cerraba la puerta de la habitación. Tragué saliva. El pomo empezó a girar, Cloe y yo miramos el tirador y nos fuimos separando despacio de la puerta. Y de repente esta se abrió mientras asomaba la cabeza de Noemí. Nosotras debíamos de estar blancas como la pared. Todo el riego sanguíneo lo tenía en las uñas de los pies. En menudo marrón nos habíamos metido. Pero lo incoherente fue que Noemí empezó a reírse. No entendía nada. ¿Por qué se reía? ¿Qué había pasado? ¿Quién coño había llamado a la puerta? Solo me apetecía gritar y preguntarle a Noe dónde estaba la gracia.

—Anda, salid, que ha sido una falsa alarma —dijo Noemí cuando paró de reírse.

Creo que perdí diez kilos de la cantidad de aire que acababa de soltar y que había tenido contenido en esos minutos, un tiempo que, reconozco, me había parecido eterno.

—Pero quién... —dije.

No terminé de decir la frase cuando vi a unos chicos sentados en la cama de Alba. Eran unos compañeros de nuestra clase. Mora estaba allí. Me quedé de piedra; toda la sangre que se me había congelado en los pies al escuchar que llamaban a la puerta se

me había ido a la cara. ¡Qué calores me entraron! Temí hasta que las mejillas me comenzaran a arder en cualquier momento. Nos recibió con una sonrisa, bueno, no, una sonrisa no, su sonrisa. No sé si a las demás les parecería bonita, pero para mí era la mejor, una expresión capaz de domar leones o derretir glaciares. Llevaba unos pantalones cortos negros y una camiseta blanca con una franja negra a mitad del pecho. Venía con dos amigos más que también conocía de clase, pero que, si me apurabas, no sabía ni sus nombres. Ya he dicho que no me suelo relacionar mucho, y si no lo hago ni con el chico que me gusta, imaginaos con los que no me gustan. Bueno, pues eso, que ahí estaba parada como un pasmarote sin saber muy bien qué hacer ni cómo actuar. Qué mierda de sentimientos, cómo eran capaces de bloquear a las personas.

—Hola —dije.

—Hola, Naira —respondió Mora—. Os hemos asustado, ¿verdad? —apuntó sonriendo.

—Un poco —dije tímida.

¿Un poco? ¿Pero cómo que un poco? ¡Si casi entras en parada cardiaca cuando estabas en el baño! Definitivamente este chico me nubla la mente y lo que no es la mente.

—Lo siento. No era nuestra intención. Es que no podíamos dormir y hemos pensado en pasarnos un rato a charlar —sonrió mientras levantaba los hombros.

¿Por qué se dirigía todo el rato a mí mientras hablaba? ¿Tanto se notaba que me gustaba? Cloe estaba hablando con Alba mientras que Noemí charlaba con los otros dos chicos.

—Ah. Muy bien —acerté a decir.

Madre mía, Naira, con lo que tú eres y el genio que tienes, cómo te anulas con este chico. ¡Vamos, espabila!

—Eh..., Naira —dudó Mora—, ¿te apetece que salgamos a la terraza un poco? Tengo calor aquí —me preguntó mientras se levantaba y se tocaba el cuello.

En ese momento todos mis nervios viajaron rápidamente al estómago. ¿Me estaba preguntando que si salía a la terraza sola con él? ¡Pero si hasta casi llamo a mis padres para pedirles permiso para salir! Estaba de los nervios.

—Eh... sí, claro —respondí sin poder mantenerle la mirada y dirigiendo la mía al suelo.

—Perfecto, vamos —contestó sonriendo.

Capítulo 4



Salimos a la terraza ante el atento vistazo de todos, que nos miraban con media sonrisa, pero no decían nada. Y menos mal que no lo hicieron, porque si llegan a hacer algún comentario sobre «nosotros» me da algo. Miré instintivamente a Noemí, que me guiñó un ojo, y conseguí leer en sus labios «A por él» mientras se reía. Me dieron ganas de enseñarle mi dedo corazón, pero me corté porque tenía detrás a Mora y no era plan parecer tan maleducada la primera vez que estábamos solos. Pero si hubiera estado yo detrás, me habría quedado tan a gusto. Mientras abría la puerta corredera de la terraza, Mora posó con delicadeza su mano en mi espalda y una descarga eléctrica me recorrió todo el cuerpo. Qué poder tenía sobre mí este chico. Me temblaron hasta las piernas. Cuando pusimos un pie fuera, él cerró de nuevo la puerta mientras yo me asomaba al balcón y admiraba la noche parisina. De fondo, la Torre Eiffel iluminada. ¿Podía ser más bonito? Mora se puso a mi lado mirando hacia delante; estábamos apoyados codo con codo y ojalá hubiera tenido el poder de parar el tiempo. Porque en ese momento lo habría hecho y le hubiera observado hasta quedarme sin vista. Mirarle los ojos, los labios, cada pequeño lunar, cada pequeña marca..., todo. Podría haber pasado así los últimos instantes de mi vida. Pero por desgracia no tenía ese don, y miraba de frente con mucha vergüenza y sin atreverme a darme la vuelta y volver la vista a su cara. Me iba a entrar hasta tortícolis de la tensión que tenía ahora mismo en el cuello, pero él rompió el hielo.

—Qué bonitas vistas, ¿verdad? —dijo mientras yo intuía una sonrisa en su cara.

—Increíbles. Las mejores que he visto nunca. —Y con la mejor compañía, pensé.

—Es una pena que solo estemos aquí cuatro días, ¿no crees?

—Pues sí. Pero estoy segura de que volveré. Se necesita mucho más tiempo que cuatro días para empaparte de esta ciudad.

—Es cierto, es muy poco tiempo.

Nos volvimos a quedar en silencio, observando ese paisaje que perfectamente podría haber sido un cuadro. Nota mental: hacer una foto mañana a estas vistas para acordarme siempre de lo que compartimos Mora y yo en París.

—¿Sabes qué? —dijo él mirándome por primera vez desde que habíamos salido a la terraza.

—¿Qué? —respondí con media sonrisa mientras le devolvía la mirada con el corazón en un puño.

Se me quedó mirando fijamente sin hablar hasta que se atusó el pelo y, sacudiendo la cabeza, me dijo:

—Te iba a decir otra cosa, pero... pero ahora que te veo más de cerca y fuera del instituto no puedo evitar decirte que tienes una sonrisa muy bonita.

¿Cómo? ¡Alarma! ¡Alarma! ¿Me está piropeando? A ver, Naira, muéstrate tranquila, ¿eh?, que nos conocemos..., que con lo que eres, de aquí ya piensas que el siguiente paso es la boda.

—Ah..., gracias —acerté a decir colocándome un mechón detrás de la oreja.

Menos mal que era de noche y no se podía advertir el color sonrosado de mis mejillas.

—Nada, es la verdad —respondió sin dejar de mirarme con esa media sonrisa que me mataba.

—Bueno... ¿y qué me ibas a decir? —desvié el tema.

—¡Ah, sí! Que me pierdo —respondió incorporándose y mirando al frente de nuevo—. Pues que hemos venido porque a Rafa le gusta Alba. Pero no se lo digas a nadie —susurró.

—¿Sí? —disimulé. Realmente no estaba segura de cuál de los dos amigos era Rafa.

E inevitablemente nos dimos los dos la vuelta a ver qué hacían los demás. Alba y el que parecía ser Rafa, por cómo la miraba, hablaban de forma distendida en el suelo de la habitación. Mientras, mis amigas y el otro chico, que me parecía recordar que se llamaba Carlos, se reían al tiempo que miraban algo en el móvil de Noemí. Ninguno de ellos se percató de que los observábamos. La verdad es que la escena era surrealista; el chico que me gustaba y yo, los dos en pijama, en una terraza con París como escenario de fondo. No podía ser más perfecto, sin olvidar que menos mal que llevaba mi supersujetador aumentatallas.

—Bueno, Naira, y ¿qué tienes pensado estudiar ahora cuando hagamos la selectividad? —me dijo apoyando el cuerpo en la barandilla y mirándome de frente.

—Pues me gustaría hacer Magisterio —dije sin cambiar de posición y con la vista al frente.

—¿Profesora? —sonrió—. Te pega.

—¿Me pega? —pregunté sonriendo mientras me daba la vuelta para adoptar la misma postura que él y quedar frente a frente.

—Sí, te pega.

—¿Qué quieres decir con que me pega? —inquirí con un tinte coqueto que salió de forma espontánea.

—Pues... no sé... —dijo tocándose el pelo—. Tienes pinta de niña buena —lo entrecomilló con los dedos— que quiere ayudar a los demás.

—¿En serio? ¿Así me ves? —respondí alzando las cejas entre nerviosa y sonriente.

—A ver. No es que hayamos tenido mucha relación este curso ni que nos conozcamos demasiado, pero así, por lo poco que te conozco, tienes cara de buena chica. De las que no se meten en problemas.

—¿Y tú? ¿Eres de los que se meten en problemas? —contraataqué.

—Intento que no, la verdad —dijo suspirando y mirando hacia arriba.

—Pues estando aquí ahora, estás tentando a la suerte como os pillen.

—Naira —susurró acercándose a mi oído y paralizando mi respiración—, recuerda que tú tampoco estás en tu habitación, pequeña.

Sentir su aliento tan cerca de mí me estremeció. Creo que hasta cerré los ojos para notarlo más aún. Y cuando me llamó «pequeña», ya sí que me robó el corazón para siempre.

Esa noche no hablamos mucho más. Carlos abrió la puerta de la terraza y le dijo que debían irse, que era tarde y se buscarían un problema si les pillaban. Así que se marcharon de la habitación sin hacer ruido. Se despidió de mí con un hasta mañana y una sonrisa.

Esa noche me costó muchísimo conciliar el sueño; rememoraba sin parar esa sonrisa en aquella terraza parisina. La manera de mirarme y su modo de mirar el infinito. No podía evitar sonreír mientras recordaba esos momentos. Yo soy de las que piensan, y están totalmente convencidas, que la vida se gesta a base de momentos. Y este sería uno de ellos. Uno de los que grabaría a fuego en mi mente para que jamás se desvaneciera sin avisar.

Momentos buenos, momentos malos, pero de los que siempre puedes sacar algo. No debemos renegar de los malos; son experiencias en la vida que te hacen crecer y aprender. Y de los buenos, qué os voy a decir, que ojalá jamás se fueran de nuestra mente ni de nuestro corazón.

El resto de los días en París pasaron entre alguna que otra conversación y muchas miradas. Pero nada que sobrepasara el límite de la amistad. Mis amigas me decían que Mora me comía con la mirada, pero yo no hacía más que decirles y repetirles que no dijeran tonterías, que seguramente ellas me miraban con buenos ojos y veían visiones... Él podría tener a la chica que quisiera y yo era una adolescente del montón, casi sin pecho y encima con un carácter de mil demonios. No podría gustarle a alguien como él. Entre los que sí surgió algo fue entre Alba y Rafa. Durante los pocos días que estuvimos allí empezaron a coger confianza y estábamos seguras de que, según llegáramos a Madrid, la historia continuaría. Y de hecho continúa.

Alba es una chica bastante educada, íntegra, correcta, muy mona, y Rafa era todo lo contrario. A ver, no digo que no fuera educado, pero es un chico algo descarado y, en mi opinión, le gustaba demasiado ser el centro de atención.

En el avión, cuando ya volvíamos de nuevo a Madrid, yo miraba por la ventanilla mientras me prometía que algún día volvería a París a empaparme de todo el encanto de la ciudad y a ver todo lo que no pude ver en este viaje, que fueron muchas cosas.

Qué buen recuerdo me llevaba de este fugaz viaje, por lo que me gustó la ciudad, por poder conocer un poco más a Mora y, sobre todo, porque era la primera vez que salía de España sola, sin mis padres.

Cuando estaba medio adormilada mirando por la ventanilla y pensando en mis cosas, escuché como Mora le decía a Noemí que si le cambiaba el sitio unos minutos. A mí se me abrieron los ojos como platos y el estómago se me cerró. ¡Quería sentarse a mi lado! Tragué saliva y esboqué una sonrisa intentando disimular mis nervios.

—¿Puedo? —dijo él sonriendo y señalando el asiento que acababa de dejar vacío mi amiga.

—Claro, siéntate —respondí educada.

Se acomodó a mi lado y yo hice lo mismo en mi asiento para ponerme de manera que pudiera mirarle mejor a la cara.

—¿Qué tal? —me preguntó con media sonrisa.

—Bien, aunque un poco triste por tener que volver a casa —contesté arrugando la nariz.

—Es verdad. Yo también —reconoció—. ¿Te ha gustado la ciudad?

—Me ha encantado. Es que cada rincón de París tiene algo, ¿no crees?

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —respondió mirándome a los ojos mientras cogía aire.

—¿Qué pasa? —dije cortada alzando las cejas.

—Nada nada —cabeceó sonriendo—. Es que... bueno, da igual —dijo mirando al frente.

—¿Cómo que nada? —salté—. Cuéntamelo. Ahora no me dejes con la duda... —respondí con una risa nerviosa.

—No es nada, de verdad. Tonterías más —dijo mordiéndose el labio inferior. Como volviera a hacer eso, me tiraría en plancha a por él sin ningún tipo de remordimientos.

—Pues ya que has lanzado la piedra... me gustaría saberlas.

Entonces se volvió hacia mí y, sin dejar de sonreír, dijo:

—Nada, que me alegro de haber venido a este viaje y esas cosas —respondió jugando con las manos—. Pero una de las cosas por las que me ha gustado más venir ha sido por haberte conocido un poco más —afirmó mientras me sostenía la mirada.

Venga, vale, esto no me lo esperaba. Que alguien me pellizque a ver si estoy despierta. Sin poder ni responder, él continuó:

—En el instituto siempre me había apetecido hablar contigo, pero siempre te veía como... —dijo pensando.

—¿Borde? —dije abriendo mucho los ojos.

—Distante —respondió ladeando la cabeza—. No creo para nada que seas borde.

—¡Uy!, tú no me conoces... —exclamé mirando por la ventanilla del avión.

—Déjame hacerlo.

—¿El qué? —contesté mirándole.

—Conocerte.

Si he muerto y este es el cielo, que nadie me saque de aquí. Ahora seguramente me caiga de la cama y me despierte de un bonito sueño. No podía ser que esto me estuviera pasando a mí con un chico, bueno, con un chico no, ¡con el chico que me gustaba! ¡Con Mora, a quien le bastaba aletear las pestañas para que aparecieran un montón de chicas revoloteando a su alrededor!

Nos miramos con una sonrisa cómplice y, justo cuando yo iba a responder, se encendió la luz del avión que indicaba que debíamos abrocharnos los cinturones de seguridad al tiempo que en los altavoces anunciaban el inminente aterrizaje.

—Eh... Tengo que irme —dijo.

Asentí sonriendo.

—Hablamos luego. —Se despidió mientras se levantaba de su asiento y Noemí se acercaba con una sonrisita canalla esperando que le contara todo con pelos y señales.

Capítulo 5



Cuando llegamos a la discoteca se notaba ya ambiente en los accesos. Muchas caras conocidas del instituto nos reuníamos esa noche para pasar, en teoría, un buen rato, aunque no las tenía todas conmigo. Todos, a su manera, llevaban el arcoíris en su atuendo: unos con cada parte de su ropa de un color, otros se habían echado espráis de colores en la cabeza, otros iban con las caras pintadas... En fin, de todo un poco. Yo iba tan contenta con las uñas pintadas multicolores que me alegraba tremendamente de no ir llamando la atención por todas partes. Vale, que íbamos a una fiesta a pasarlo bien; tampoco pasaba nada por ir llamando la atención un día, pero a pesar de mi fama de tener mal carácter y ser algo introvertida, también era vergonzosa, qué le vamos a hacer. No considero en absoluto que sean defectos, sino formas de ser que acaban conformando nuestra personalidad. Uy, qué serio ha sonado eso.

Cuando mis amigas y yo nos acercamos a la puerta de la discoteca tuvimos que sacar el DNI para demostrar que pertenecíamos al instituto que daba la fiesta y así nadie ajeno al centro se colara en el festejo. El chico de la entrada era fuerte, con el pelo moreno muy cortito y un pinganillo en la oreja del que caía un cable negro que le llegaba hasta el bolsillo derecho del pantalón. Estaba serio y con el ceño fruncido leía detenidamente los DNI y la lista de «invitados». Fijaos qué tontería, que yo estaba hasta nerviosa mientras miraba mi DNI, como si no acudiera diariamente a ese instituto desde hacía unos cuantos años. Me miró mientras repasaba la foto de mi documento y, haciendo un gesto con la cabeza y sin emitir una sola palabra, me indicó que pasara. Ya estaba dentro. La antesala a la discoteca, donde estaba el ropero, olía como a fresa; no sé muy bien describir el olor, pero era agradable y nada cargado. Me quedé quieta esperando a que mis amigas pasaran mientras se escuchaba de fondo la música que sonaba detrás de unas grandes cortinas negras. Noemí fue la siguiente en pasar.

—Joder, ¿a esta gente no les enseñan buenos modales? Ni que les costara tanto dar las buenas tardes —refunfuñó mi amiga mientras guardaba su DNI en el monedero.

—Pues tienes toda la razón. Poco más y le tenemos que perdonar la vida —respondí.

A los dos minutos entraba Cloe con una sonrisa en la boca.

—¿Qué os pasa? —preguntó.

—Pues que parece que a ese tío le han metido un palo por el...

—¡Noe! —Llamé su atención antes de que terminara la frase—. Que nos va a oír.

—Venga, va, ¡vamos para dentro a disfrutar! —dijo Noe empezando a caminar hacia las cortinas negras.

Cuando abrimos esas grandes telas, apareció ante nosotros una gran pista de baile enmarcada por unos enormes altavoces sobre los que bailaban chicas y chicos. Nunca había entrado en esa discoteca, aunque si os soy sincera, nunca había entrado en una tan grande. La luz era tenue, lo justo para ver por dónde andabas y poco más, sobre todo en la pista, porque en la zona de la barra la luz era un poquito más fuerte. Sonaba Sia y me impresionó escucharlo con tantos decibelios y con la gente tan animada. No se vivían igual las canciones aquí que en el móvil y con los cascos. Parecía como si hubiera aterrizado en otro planeta; todo me impresionaba, mirara donde mirara.

—¡Bueno, qué! —gritó Cloe—. ¿Vamos a bailar o a la barra?

—¡Vamos a pedir algo, que paga el insti! —respondió Noemí con una pícaro sonrisa.

Teníamos derecho a tres consumiciones que pagaba el instituto. Había compañeros mayores de edad que, enseñando el DNI, podían pedir consumición alcohólica, pero como nosotras éramos menores, pues nada, a refrescos.

Cuando estábamos acercándonos a la barra vi como Noemí se paraba en seco y, con un gesto, nos decía que la siguiéramos. Yo no entendía nada, pero aun así fui tras ella. Subió unas escaleras que nos llevaron hasta los baños y, antes de entrar, se paró y nos dijo:

—A ver, chicas. —Con ese comienzo, miedo me daba—. Esta es la fiesta de fin de curso, ¿no? Y es la primera y última fiesta de fin de curso que vamos a tener, ¿verdad?

—Me estás asustando —dije entrecerrando los ojos.

—Pues haces bien en asustarte —dijo con una carcajada—. Señal de que me conoces bien y sabes que nunca tengo una idea buena.

—Venga, arranca —dijo Cloe.

—Pues lo que os decía, que tenemos que disfrutar al máximo de nuestra última fiesta en el instituto antes de hacer la selectividad o lo que queramos hacer. Y yo no sé vosotras, pero a mí me apetece tomarme una cervecita o una copita...

Ahí es cuando abrí los ojos como platos, mientras Cloe empezaba a reírse.

—Estás como una cabra —dijo mientras reía y negaba con la cabeza.

—Lo sé —dijo haciendo el signo de la victoria.

—A ver, a ver..., estáis de coña, ¿verdad? —dije incrédula—. ¿Soy la única aquí que tiene dos dedos de frente?

—Venga ya, Nai, solo una copa. Brindamos por lo que vendrá y ya está. Luego dos refresquitos y a casa —respondió Noe poniéndome pucheros.

—Que no, que no —dije negando con la cabeza.

—Venga, Nai. Una noche es una noche, que sea memorable —apuntó Cloe.

—¡Cloe! Pensaba que estabas de mi lado. Del lado de la sensatez —dije remarcando la última palabra y mirando a Noe, que me observaba con media sonrisa.

—Si solo va a ser una copa —dijo Cloe mientras me agarraba por el hombro. Además, después, como dice Noe, nos tomamos dos refrescos, paseamos hasta casa ¡y tan contentas!

¿Se habían vuelto locas? De Noe me lo podía esperar, ¡pero de Cloe no! Creo que ellas ya lo tenían decidido y la verdad es que, viéndolo así, podría ser hasta divertido. Igual de ese modo disfrutaba de una fiesta a la que no iba nada convencida. Espera un momento. Creo que sin darme cuenta me acabo de unir a su locura. Así que, bueno, venga, tampoco creo que una copa vaya a hacerme mucho daño.

—A ver, chicas —empecé a decir muy calmada—, en el caso de que fuéramos a hacerlo... —No me dejaron casi ni terminar cuando las dos empezaron a aplaudir y dar saltitos—. ¡Esperad! ¡Que no he terminado!

—Perdona, sigue, sigue —respondió Noe nerviosa, sin dejar de mover las manos.

—Pues que no sé si os acordáis de que tenemos diecisiete años y no nos van a vender alcohol. ¿Cómo pretendéis conseguirlo? ¿Colándoos por debajo de la barra y robando la botella? —dije irónica.

—Hum, pues ahí es donde entras tú —sentenció Noe.

—¿Yo? —dije sorprendida.

—¿Ella? —preguntó Cloe con la misma expresión.

—Sí y sí. En la barra he visto a alguien que sí que tiene los dieciocho y nos lo puede pedir.

—No entiendo nada —contesté.

—A ver, Nai, que no es tan difícil. Solo hay que sumar uno más uno. ¿Qué chico que va al instituto, que tú conoces y que va a nuestra clase tiene ya los dieciocho años cumplidos?

En ese momento un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. No podía estar hablando en serio.

—Vamos, ni de coña —dije dándome la vuelta para irme mientras Noemí me sujetaba por la muñeca.

—¡Esperad, esperad, chicas, que me he perdido! —dijo Cloe mientras me agarraba por el otro brazo—. ¿¿¿A quién conoce???

Nos quedamos las dos mirándola como diciendo ¿en serio no lo sabes? Y automáticamente se le cambió la cara.

—¡No! —dijo.

—Sí —respondimos Noe y yo al unísono, pero con diferente expresión y semblante.

—¡Mora! —exclamó Cloe.

—¿Por qué crees que me largo? —apunté—. Ni de coña. Estás loca, Noe —dije intentando irme de nuevo.

—Bueno, mira, vamos a hacer una cosa. Yo lo decía porque tú eras la que más confianza tenías con él...

—¿Confianza? ¿Te refieres a la confianza de cruzar tres frases en el hotel de París y dos más en el avión?

—Pero qué frases, nena... —dijo afirmando con la cabeza.

—Que no, tía, que paso.

Omití decir que me moría de vergüenza porque me gustaba muchísimo y probablemente, con el tembleque de mis piernas, me caería de bruces al acercarme y tenerle de frente. Creo que no hacía falta decirlo, que era evidente. No me saldría ni una sola palabra cuando le tuviera delante, ¡mucho menos decirle que si nos pedía una copa! Que no, que no...

—Pero, Noe —apuntó Cloe—, sería demasiado llamativo, por no decir cantoso, que pidiera tres cubatas a la vez, ¿no?

—Lo tengo todo pensado. Le he visto con unos chicos de la otra clase que también son mayores de edad, así que... unas cuantas caiditas de pestañas y tenemos copa, chicas.

—Pero tú esto ya lo traes pensado de casa, ¿verdad? —dijo incrédula—. No me creo que todo esto se te ocurra ahora mismo.

—Jajaja... Ya sabes, nena, que me gustan los riesgos —dijo arrugando la nariz.

Me quedé mirando al techo mientras cogía aire para soltarlo todo mientras miraba alternativamente a la cara de mis amigas. Ellas me observaban expectantes ante mi respuesta y, dejándome llevar por una locura transitoria, respondí:

—Está bien.

Ellas comenzaron de nuevo a dar pequeños saltitos al tiempo que me abrazaban y reían. Todo sea por pasar una buena noche, pensé. Lo mismo nos depara inolvidables momentos.

—Pero, chicas, si veis que os miro y levanto las cejas, venid volando a por mí. Esa será la señal que os haré si estoy haciendo el ridículo estrepitosamente delante de Mora.

—¡Hecho! —respondieron las dos al unísono mientras levantaban los pulgares.

—No me puedo creer lo que voy a hacer —susurré.

Bajamos las escaleras por las que se accedía de nuevo a la pista de baile y nos situamos estratégicamente en el centro para buscar a Mora con la mirada. No nos costó mucho encontrarle porque seguía en el mismo sitio donde le habíamos dejado cuando Noemí se dio la vuelta y nos llevó a los baños. Estaba charlando en la barra con unos chicos cuya cara me sonaba de verlos en el instituto, aunque desconocía su edad. Pero, por lo visto, Noe estaba muy convencida y casi prefiero no saber por qué. Ella me miró y me guiñó un ojo mientras señalaba con la cabeza la ubicación de Mora. Yo quería morirme; eso no era como acercarte y pedir la hora. ¡Es que era acercarte y pedirle a alguien que se saltase las leyes y te pidiera un cubata por tu cara bonita, y encima alguien que te gusta muchísimo! «En qué momento he dicho que sí, ¡joder!», pensé. De fondo, sonaba Morat, y mis amigas bailaban animadas y nerviosas esperando a que yo diera el primer paso de aproximarme a la barra. Me dieron una de las tarjetas que nos habían entregado a la entrada y que cada una valía por una consumición. Me las metí en el bolsillo del pantalón y miré a mis amigas en plan «tened compasión de mí, que creo que el corazón se me va a salir por la boca». Cogí aire y lo solté con la mayor fuerza que pude para que los nervios salieran de mi cuerpo y dieran paso al valor. Pero no funcionó. Así que, justo cuando me disponía a declararme totalmente inepta para mi misión, mis amigas empezaron a hacerme gestos con la mirada que no entendí. ¿Qué coño les pasaba? Aún no habían bebido, ¿no? Ellas seguían haciéndome gestos disimuladamente y yo, como siempre, sin enterarme de nada, hasta que al darme la vuelta me di de bruces con Mora. Sonriente, guapísimo y con una copa en la mano.

—Hola, Naira —dijo acercándose para darme dos besos.

¡Ostras! ¡Qué susto! Y qué buen susto, sí, señor. Por favor, qué bien huele... Me quedaría pegada a su cuello el resto de mi vida sin ningún tipo de cargo de conciencia.

—Hola, Mora, ¿qué tal? No te había visto. —Mentirosa.

—Estaba en la barra con unos amigos —respondió haciendo un gesto con la cabeza mientras la señalaba.

Lo sé, sabemos dónde estás desde que hemos llegado. Somos unas arpías que llevamos un buen rato confabulando un plan que te puede meter en la cárcel, pero bueno, creo que eso lo puedo obviar y no contárselo.

—¿Ah, sí? Pues ya te digo que no te había visto.

Debería estudiar Arte Dramático en vez de Magisterio. Le estaba cogiendo el gustillo a esto de fingir.

—Estás preciosa —dijo mirándome de arriba abajo.

Gesto que me sonrojé al instante y agradecí que la luz fuera tenue.

—Gracias —acerté a decir después de que me desmontara por completo con esa frase.

En ese momento, una de mis amigas, que no sé cuál de las dos fue, pero me lo puedo imaginar, me dio un golpecito en el tobillo, señal que venía a decir «espabila, que tenemos sed», y digo yo, ¿cómo hago ahora para de repente pedirle tres copazos? Bueno, si miramos el lado bueno, la misión de acercarme ya estaba hecha; aunque en realidad se había acercado él a mí, y reconozco que me había facilitado un poquito el camino. Pero no vamos a quitarme mérito, ¿no?

—¿No tomas nada? —me preguntó él señalando su copa.

¡Bingo! Hoy los astros se han alineado a mi favor. Ahora es cuando le cuento el plan de Noe, se descojona y me manda cerca.

—Pues mira, es que... —Venga, va, Naira, ¡esta es la tuya!—. Te va a parecer una tontería —dije tocándome la nuca—, pero es que te quería proponer una cosa... —le solté.

Mora abrió los ojos cuando escuchó esa frase y sonrió.

—¿Querías proponerme algo? —repitió.

—Pues sí. —Ahora sí que ya no había marcha atrás.

—¿Tengo que ponerme nervioso? —vaciló.

Tú tranquilo, que ya bastante nerviosa estoy yo como para que nos alteremos los dos.

—No, no, tranquilo, es fácil.

Fácil será que nos pida las copas, porque pedirselo está siendo difícil de narices.

—Pues a ver, cuéntame. Soy todo oídos.

Al tran tran y como pude, que ahora mismo ni me acuerdo de las palabras que usé, le conté el plan que Noe había ideado. Levantó las cejas sorprendido un par de veces, pero sin dejar de sonreír, y yo como una tonta seguía relatando el disparatado plan de mi amiga con frases seguramente del todo inconexas. Cuando dije todo del tirón y conseguí coger aire, le miré expectante a ver qué respondía. Y fue tajante.

—Eso está hecho. Decidme qué queréis y voy a por un par de colegas para pedirlo —respondió guiñándome un ojo.

—¿Sí? —dije con una amplia sonrisa por haberlo conseguido.

—Claro. ¿Por qué no?

—No sé..., lo mismo...

—Chsss, tranquila, voy a por mis colegas —me susurró al oído—. Ahora vengo y me decís.

Y se dio la vuelta en busca de sus colaboradores en esta misión.

Capítulo 6



Me di la vuelta mirando a mis amigas con los ojos como platos, ¿no me podía creer que lo hubiera conseguido! Las dos me observaron con una enorme sonrisa, pero con las manos les indiqué que no me abrazaran para no mostrarnos demasiado exageradas con mi victoria. Noe quería vodka con naranja, Cloe prefirió Malibú con piña y yo, la verdad, no tenía ni idea de qué pedir. Bastante con que me hubiese atrevido a solicitarle a Mora que nos pidiera las copas como para saber qué quería de beber. Además, ¡era la primera vez que me tomaba un cubata! Había probado sorbos de algunos, pero de ahí a pedir uno para mí sola... ni de coña. Ay, si me vieran mis padres... ¡Estaría castigada a todo de por vida! En el momento en que mis amigas me dijeron lo que querían empezó a sonar una canción de Sensato, «El taxi» creo que se llamaba. De repente, noté una mano que me abrazaba el vientre por detrás y di un respingo; era Mora, totalmente pegado a mí, moviendo el cuerpo al son de la música. Yo tragué saliva y miré a mis amigas sin saber qué hacer. Ellas empezaron a reírse mientras bailaban también al ritmo de la música. Y yo, ¿qué se supone que tenía que hacer en ese momento? Qué asco de timidez. Estaba paralizada y él, mientras, seguía moviendo las caderas de un lado a otro. Me di la vuelta sonriendo, le miré y directamente le dije al oído lo que mis amigas querían pedir.

—¿Y tú? ¿Qué te pido? —dijo acercándose demasiado a mí y al oído.

—Pues es que no lo sé. ¿Me aconsejas algo?

—Uf, te podría aconsejar muchas cosas —respondió con una mirada canalla.

—De beber —dije riéndome.

—Espera, que ahora te lo traigo y me dices qué te parece. ¿Confías en mí?

—Confío en ti, claro —afirmé mientras un calor me recorría todo el cuerpo por la manera en que me estaba mirando.

Se dio la vuelta, se fue con sus amigos a la barra y agarró a uno de ellos por el hombro mientras le decía algo al oído. Yo estaba como en una nube. Si hubiera sabido que la fiesta que prometía ser aburrida y demasiado corta para mí iba a resultar así, habría contado las horas desde la semana pasada hasta que llegara el día de hoy.

¿Era yo la única que pensaba que Mora me estaba tirando los trastos? Mis amigas me miraban riéndose mientras Noe hacía gestos obscenos con los dedos.

—¡Noe! —dije dándole en el brazo.

Eso no hizo más que provocar que ella volviera a carcajearse ante mis reacciones. Cloe también reía divertida, pero era más tímida y jamás me la imaginaría haciendo esos gestos, aunque tampoco me habría imaginado nunca que apoyaría a Noemí en su plan de beber el día de la fiesta. Pero, bueno, el caso es que yo estaba encantada de poder haber hablado con Mora, y ya ni os cuento de que me hubiera abrazado por la cintura mientras contoneaba su cuerpo junto al mío. Le he sentido tan cerca..., notar su aliento en mi cuello, sentir su pecho sobre mi espalda..., ¡uf, qué calor! A los pocos minutos, Cloe me hizo un guiño indicando que Mora se acercaba ya por detrás de mí. En ese momento, noté algo helado en la espalda. Me di la vuelta rápidamente y ahí estaba él, con el cubata encima de mí.

—¡Joder! —dije cogiendo aire.

—Jajajaja... ¿Está frío? —preguntó riéndose.

—No, qué va... —respondí cogiendo la copa que me estaba ofreciendo.

Los otros dos amigos se las dieron a mis amigas y, de paso, se quedaron charlando con ellas.

—¿Qué me has pedido? —pregunté a la vez que olía la bebida y arrugaba la nariz.

—Prueba y luego me dices —contestó guiñándome un ojo.

Y eso hice; di un pequeño sorbo y al tragar me ardió todo, desde la boca, pasando por la garganta, hasta el estómago.

—¡Joder! ¿Qué es esto? —dije poniendo cara de asco.

—Jajajajajaja... *Whisky* con Coca-Cola.

—¡Pero si sabe a colonia!

—¿A colonia? ¡Joder! ¿Qué colonias usas tú? —dijo sin poder parar de reírse.

—¿Tú también te has pedido lo mismo? —pregunté oliendo su copa.

—Lo mismo.

—Joder, y ¿bebes esto por gusto? Hay que ser masoca.

—Jajajaja... Todo es empezar. Dale un buen trago y verás qué bien te sienta.

Le miré a los ojos sonriendo y muy nerviosa, pero quería estar con él y, si tenía que tomarme esa mezcla explosiva, lo haría, pero solo una, porque vale que me gustara él, pero tampoco era para llegar a intoxicarme con eso que, en mi opinión, repito, olía y sabía a colonia barata.

Le di un sorbo largo y tragué de golpe sintiendo como si mi cuerpo fuera a explotar mientras ambos nos sosteníamos la mirada. Él sonreía y yo hacía lo mismo. No sé ni cuándo ni cómo, pero cuando me quise dar cuenta ya me había bebido más de medio cubata y comenzaba a hacerme efecto. Me empecé a notar como un poco más desinhibida, más contenta, más relajada... Mis amigas bailaban con los dos amigos de Mora mientras él hacía lo mismo conmigo. Empezaba a sentir calor por

dentro y por fuera del cuerpo. Él me agarraba por la cintura para bailar y me hacía girar sobre mí misma, cosa que al principio era divertido, pero al final acabó por marearme bastante.

—Como sigas dándome tantas vueltas, no me hago responsable de vomitarte encima —dije sin pensar.

—Jajajaja... Entonces, por mi estética, dejaré de hacerlo.

Mientras bailaba, me recogí el pelo por detrás y lo sostuve con las manos para que la zona de la nuca se refrescara un poco. Empezaba a agobiarme por la sensación de calor y angustia debido a la cantidad de gente que había en la pista. Y, para qué nos vamos a engañar, también por la sensación extraña que tenía después de beber por primera vez.

—¿Tienes calor? —dijo acercándose a mi cuello y dejando un suave beso en él.

¡Uf! ¿Me estaba besando en el cuello o era efecto de la bebida? Como yo me notaba bastante más desinhibida, me dejé hacer.

—Sí, hace calor —dije casi susurrando.

—¿Te apetece que vayamos fuera a que nos dé el aire un poco? —musitó de nuevo junto a mi cuello.

—Pues sí, la verdad es que estoy muy acalorada —respondí con los ojos cerrados y girando levemente la cabeza para recibir mejor sus besos.

—Bébetela copa de un trago, que no nos la dejan sacar, y nos vamos fuera —sentenció con la voz ronca.

—¿De un trago? ¿Estás loco? —dije enseñándole lo que me quedaba.

—Me muero por estar a solas contigo —dijo acercándose de nuevo a mi oído y apretándome contra él.

Casi se me corta la circulación. ¡El chico por el que llevaba soñando todo el curso me estaba diciendo que quería estar a solas conmigo! Esto era un sueño del que no quería despertar. No podía ser real. Pero me sentía tan bien que no sabía ni cómo expresarlo, era como si levitara. No sabía si era efecto del alcohol o de un estado de locura transitoria, pero me daba igual. Si estaba loca, que me encerraran, pero ya si eso mañana. Él me estaba pidiendo salir a solas conmigo. Así que cogí la copa, la levanté mirándole a los ojos mientras hacía un gesto de brindis y para dentro. Me la bebí del tirón ante la atónita mirada de mis amigas, que aún tenían más de la mitad de las suyas. Sonreí triunfal, la levanté de nuevo y se la mostré a ellas y a los chicos que nos acompañaban.

En ese momento, Mora me cogió de la mano y me empezó a llevar hacia las grandes cortinas negras que separaban el vestíbulo de la discoteca en sí. Pero Noe me interceptó.

—¿Dónde vas? —me preguntó al oído.

—Fuera, tengo calor. Mora me va a acompañar —dije guiñándole un ojo.

—Ya... pues quédate por la plaza de fuera, no te vayas más lejos que creo que vas un poco tocada.

—Sí, mamá —respondí entornando los ojos.

—¡No te vayas sin nosotras! Y para cualquier cosa, llevo el móvil —dijo asertiva.

—Que síiiii... —dije arrastrando esa última vocal—. No te preocupes, que solo voy a tomar un poco el aire. Ahora entro. —Y le di un beso en la mejilla.

Mora me esperaba con las manos en los bolsillos, un poco alejado, mientras aguardaba a que terminara de hablar con mi amiga, y cuando Noe se marchó, se fue acercando y me ofreció la mano para que la cogiera. Y eso hice. Entrelazamos los dedos y salimos del local. Un fresquito me recibió en la calle y me caló en todo el cuerpo, cosa que agradecí sobremanera. Cogí aire y nos dirigimos a un pequeño muro de ladrillo que había a la derecha de la discoteca. Yo me apoyé en la pared y suspiré. Mora se puso frente a mí y me dedicó una media sonrisa.

—¿Qué? —dije entrecerrando los ojos.

—Nada —respondió seductor.

—¿Y por qué me miras así?

—Porque me muero por comerte la boca —dijo más serio.

En ese momento, creo que toda la sangre del cuerpo me bajó a la planta de los pies. ¿Qué había dicho? ¿Que se moría por hacer qué? No me dio tiempo a pensar mucho porque, sin apenas darme cuenta, me metió una rodilla entre las piernas para hacerse hueco y acercarse más, se abalanzó sobre mí, me agarró con firmeza hasta nuestras caderas se tocaron y me empezó a besar con desesperación. Yo no era para nada una experta en estas cosas; creo que había besado a un par de chicos anteriormente, a lo sumo tres, pero siempre sin lengua. Ya os he contado antes que mis dotes para conocer gente eran nulas y muchas veces me negaba a que se acercaran a mí. Pero este chico se había cruzado en mi camino como un auténtico huracán. Había pasado de dudar si pedirle que nos pidiera una copa a estar en la calle con él mientras me besaba y me metía la lengua hasta la campanilla. Estaba como mareada, no sabía muy bien qué hacer, no tenía ni idea de cómo actuar. Me puso las manos en la parte baja de la espalda mientras me devoraba, y las mías, inexpertas, empezaron a buscar su cuello y su pelo. No sabía muy bien qué hacer con la lengua, pero me dejé llevar y creo que no lo hice muy mal porque no se apartó.

No sé exactamente cuánto tiempo estuvimos así. Sus labios me recorrieron la boca, el cuello, los hombros, el escote... Creo que hasta empecé a sudar del calor que me estaba entrando.

No cruzamos palabra durante todo el tiempo que estuvimos fuera; solo nos besamos con desesperación mientras él me apretaba cada vez más contra sus caderas. Mora empezó a meter las manos bajo mi camiseta de tirantes y a acariciarme el abdomen, trazando círculos alrededor del ombligo con el dedo pulgar. Se me cortó la respiración y poco a poco empecé a oír las señales de alerta. Todo esto era nuevo para

mí y además estábamos en una plaza donde evidentemente no éramos los únicos. Pero su ansia llegó un poco más lejos cuando comenzó a subirlas hasta tocar uno de mis pechos por encima del sujetador.

—Para, para... —exclamé separándome y cogiendo aire.

—¿Qué pasa? —sostuvo él atusándose el pelo.

—Vas muy rápido, ¿no? —dije entre nerviosa y mareada.

—Iría más rápido si me dejaras... —afirmó con media sonrisa y volviendo de nuevo al ataque.

—Mora...

—Mmm... —respondió sin dejar de besarme.

—Creo que debemos ir dentro.

—¿Por qué? —dijo separándose y mirándome a los ojos mientras se sacaba un cigarro del bolsillo trasero del pantalón.

—Porque empiezo a tener un poco de frío. —Mentira.

—¿Seguro? —insistió besándome el lóbulo de la oreja.

—No, seguro, no, pero nos pueden ver aquí fuera también...

—Vámonos a un sitio más escondido —dijo sin dejar de acariciarme la espalda y de darme pequeños mordisquitos en el cuello.

—No, Mora, no. —Maldita conciencia y sentido común—. Vamos dentro.

Se separó de mí y resopló. Se colocó el pelo y la ropa y me miró con la cabeza ladeada.

—Espera que me fume el cigarro y me recomponga un poco... Joder, qué calor... —exclamó mirando a su alrededor.

Yo esperaba apoyada en el muro. Me acaban de dar mi primer beso con lengua, me acabo de beber mi primer cubata, mi primera vez en una discoteca... Demasiadas experiencias para un solo día. ¡Cuántos momentos para guardar en mi mente!

Cuando entramos en la discoteca, yo pasé delante de él, pero esta vez no lo hicimos cogidos de la mano. Vi a mis amigas que bailaban en el mismo sitio de antes y me acerqué a ellas, pero cuando me di la vuelta, Mora ya no estaba conmigo. ¿Dónde se había metido?

Capítulo 7



Llegué hasta mis amigas con una sonrisita triunfal en los labios difícil de ocultar y, nada más verme, ellas reaccionaron de la misma forma. Cloe me cogió del brazo y me llevó hasta los baños seguida de Noemí. Fuimos tan rápido que en vez de sortear a la gente parecía que la atravesábamos. Me hicieron un tercer grado y me preguntaron qué había hecho fuera; querían que se lo contara con todo lujo de detalles. Ya se me había pasado un poco el calor del cubata y de alguna cosa más, que como me ponga a recordar, me volveré a calentar. Así que, más calmada, les conté todo. Cuando les dije que me había metido la lengua hasta la garganta, las dos abrieron los ojos a más no poder y Cloe se puso la mano en la boca.

—Sí, chicas. ¡Yo me he quedado igual de sorprendida que vosotras! —asentí.

—¿Y qué tal? ¿Besa bien? —preguntó Noe.

—Pues... supongo que sí —dudé.

—¡Ah, claro! —dijo de repente Cloe—, que tú nunca... —apuntó juntando los dedos índices.

—¡Es verdad! —gritó Noe— ¡Que nunca te habían morreado!

—Chsss..., ¡calla! ¡Tampoco hace falta que se entere toda la discoteca! —le advertí.

Les conté que me desenvolví como pude, que me dejé llevar, pero que al principio me costó un poco porque no sabía qué hacer ni con las manos ni con la lengua. Cualquiera que nos haya visto ha debido de pensar que soy medio tonta.

—Bueno, tú tranquila, que eso es como montar en bicicleta; una vez que aprendes nunca se olvida —sonrió Noe, que evidentemente tenía mucha más práctica que yo en estas cosas.

Cuando bajamos a la pista de nuevo, busqué a Mora con la mirada, pero nada, ni rastro de él. ¿Tan mal lo había hecho para que no quisiera verme? Reconozco que me sentía un poco decepcionada con él por desaparecer de esa manera. Estuvimos bailando un rato y las tres nos acercamos a por un refresco antes de irnos a casa. Lo pedimos y nos lo bebimos mientras disfrutábamos de la música. La verdad era que al

final no me arrepentía tanto de haber ido. Las cosas no habían sido ni muchísimo menos como las había imaginado, pero esto tenía que servirme para no ser tan negativa a veces y creer que soy pitonisa al pensar que lo pasaré fatal.

Después de darlo todo en la pista de baile con mis amigas y charlar un rato con algunas chicas de la clase, decidimos dar por terminada la fiesta. Eran las once y media y a las doce tenía que estar en mi casa, y después de tantas emociones juntas, casi prefería tener algo de tiempo para que me diera el aire.

Llegamos a la esquina que estaba a medio camino de nuestros portales y, tras despedirnos con unos sonoros besos y unos cariñosos abrazos, como si no nos fuéramos a ver durante una larga temporada, cada una se marchó a su casa. Apenas dos minutos después, entraba en el portal.

Cuando llegué, mis padres estaban viendo la televisión en el salón y, por miedo a que me olieran el aliento o mi cara delatara que esa noche me habían dado un beso en condiciones, di las buenas noches y me metí corriendo en el baño mientras simulaba que me hacía pis. Así que aproveché para lavarme los dientes y eliminar cualquier huella del delito en ambos casos. Cuando salí me preguntaron que qué tal la noche y les respondí que «normalita, nada del otro mundo». Bueno, nada del otro mundo que quisiera contarles a ellos, porque había estado llena de primeras veces para mí.

Me fui a la cama y, mientras contemplaba el techo, pensé en por qué Mora había desaparecido así. ¿Tan mal le había besado? No sé, pero me sentía bastante desengañada; siempre pensé que la primera vez que me besaran en condiciones, como decía yo, sería más especial: en un entorno más romántico, bajo la luz de las velas y, sobre todo, menos abrupto. No tan de sopetón, la verdad. Pero bueno, Mora había sido el elegido para ser el primero que sintiera mi lengua en su boca y yo estaba contenta por ello. Una sensación de felicidad desencantada. Término raro, ¿verdad? Creo que lo patentaré.

Me quedé dormida pensando en la fiesta y amanecí al día siguiente a las once de la mañana... y porque mis padres me despertaron antes de salir.

—Nai, vamos a hacer la compra —dijo mi madre asomando la cabeza.

—Ve levantándote, que ya es hora —apuntó mi padre desde el pasillo.

Solo conseguí medio abrir los ojos y asentir con la cabeza.

—No te des la vuelta en cuanto nos vayamos, que te conozco, ¿eh? —me advirtió mi madre.

—Que sí, mamá, que ya voy... —dije adormilada.

Cuando se marcharon hice verdaderos esfuerzos por levantarme, así que la única manera de despejarme del todo sería metiéndome en la ducha del tirón, sin pensármelo dos veces. Desayuné y miré el móvil. Tenía varios mensajes de mis amigas en nuestro grupo Incomprendidas y otro de un número que no conocía. Lo abrí y, cuando lo leí, me dio un vuelco el corazón.

Naira, soy Mora. Perdona por haberme ido así anoche. Un amigo me necesitaba.

¡Era él! ¿Cómo había conseguido mi teléfono? El pulso se me aceleró como los coches de Fórmula 1, de cero a cien en tres segundos. Me relajó comprobar que no lo debí de hacer tan mal, porque se había interesado en saber de mí, pero ya le valía el haberse marchado así; no le habría costado nada decirme adiós. Total, que reconozco que me encantó recibir un mensaje suyo pidiéndome disculpas. Ahora ¿qué tenía que hacer yo? ¿Responderle? Sería lo más lógico, ¿no? Pero ¿qué le pondría? «Gracias por haberme dejado tirada como una colilla, pero sin rencor.» No, Naira, no saques las uñas tan pronto. Sé educada. A ver que piense...

Hola, Mora. Me extrañó no volver a verte, pero no pasa nada.

Enviado. Una verdad a medias; que me extrañó no verle era cierto, pero que no pasaba nada, no. Pero pensé que sería lo más correcto. Según lo envié, vi que en su estado ponía «escribiendo», así que me quedé mirando nerviosa la pantalla del móvil a la espera de su respuesta.

¿Haces algo esta noche?

Toma ya, ¡menuda directa! ¿Y si ahora le contesto que sí y me responde que se alegra? Jajaja... Quiero decirle que no tengo planes, pero lo mismo me suelta que quiere quedar a solas y a mí me entra el pánico, y entonces le miento y le respondo que me ha salido un plan de última hora con mis padres. Y si le digo eso, lo mismo no quiere volver a proponerme quedar y entonces se olvida de mí para siempre. ¡Ehhh! Naira, para. Deja ya el cuento de la lechera y empieza por el primer paso, ¡no te imagines ya el final de la historia sin haber siquiera comenzado! Respira hondo y piensa con la cabeza. Si quieres quedar con él, pues quedas. Y si no quieres quedar con él, pues le dices que no. Punto. No es tan difícil. Así que cogí el teléfono y respondí.

No.

¡Hala! ¡Te has lucido! Concisa y tajante, eso sí, ¡pero borde de narices también! Hija mía, o empiezas a ser más amable con la gente o te veo como una ancianita solterona y rodeada de gatos. Su respuesta tampoco se hizo esperar.

¿Quieres que nos tomemos algo juntos?

Venga va, a ver si a la tercera lo hacemos un poquito mejor.

Vale. ¿A qué hora?

¿Te va bien a las ocho en el As de Copas?

Claro. Allí nos vemos.

Y así terminó la conversación. Había quedado a solas con Mora para tomar algo a las ocho en un bar que no estaba mucho de mi casa. El que estudiáramos juntos en el mismo instituto me hacía suponer que él también vivía cerca del centro, así que el bar le pillaría más o menos cerca.

Llamé a mis amigas para contarles lo que me acababa de pasar y fliparon. Se presentaron las dos en mi casa a las cinco y media de la tarde para ayudarme a arreglarme. Entraron como un elefante en una cacharrería y mis padres alucinaron con la efusividad con la que me saludaron. Nos metimos en la habitación y empezamos a sacar todos los trapitos de mi armario. Me probé de todo: faldas, pantalones, vestidos..., como en las películas en las que la protagonista se pone toda la ropa que tiene y sus amigas van diciendo si les gusta o no, pues más o menos. Hasta que decidimos que una falda a la altura de las rodillas, roja, vaporosa y con vuelo, combinaría bien con una camiseta negra de tirantes y escote de barco. Unas sandalias negras y un pequeño bolso del mismo color que el calzado. Me alisaron el pelo mientras me ponían kohl negro en los ojos y brillo rosado en los labios. Colonia fresquita y... ¡adelante! ¡Me sentía importante y todo con tanta atención! Salimos de mi casa entre miradas cómplices y sonrisas encubiertas. Me despedí de mis padres, que sabían que algo tramábamos, y les dije que volvería a mi hora.

—Bueno, a ver —dijo Cloe—, lo llevas todo, ¿no?

—Creo que sí —contesté mirándome de arriba abajo mientras me alisaba la falda con las dos manos.

—El *gloss*, el móvil... —enumeró Noemí—. ¿Quieres un preservativo?

—¡Noe! —grité.

—¿Qué? No es tan raro..., chica conoce chico y se lo tira —dijo resuelta.

Cloe no pudo evitar reírse sin parar.

—Ah, perdona, nena..., olvidé que eras la única que aún no ha «catado» hombre —dijo levantando los brazos.

—¿Y qué pasa? —respondí—. Me reservo para alguien especial.

—Hasta Cloe no es virgen —añadió Noe.

—¿Eh? ¿Qué pasa conmigo? —respondió ella dándole en el brazo a Noe.

—Nada, nada..., que celebro que te tires a tu novio.

—Joder, Noe, cómo eres... —exclamé sonriendo.

—Bueno, ¿quieres condones o no? —dijo rebuscando en el bolso.

—A ver, Noe, cariño —contesté poniendo mi mano sobre la suya—, que la mitad de los chicos del instituto hayan probado tu..., a ver, cómo llamarlo...

—Mi feminidad —apuntó ella orgullosa.

—Pues eso, tu feminidad..., no quiere decir que todas seamos como tú —dije en broma.

—¿Sabes qué pasa, nena? —prosiguió sujetándome la mano—. Que lo hago para que luego no os llevéis chascos. Los pruebo y luego os cuento.

Las tres empezamos a reírnos de la soltura de Noemí; era tan espontánea, tan única... Cloe tenía novio desde hacía unos meses. Un chico de su pueblo que la visitaba de vez en cuando, pero para ella era una relación sólida y seria. Venía a verla algunos fines de semana, pero se mudaría a Madrid el próximo curso para estudiar en la universidad. Así que Cloe lo tendría más cerca. Este fin de semana no venía porque tenía que ayudar a su padre en el negocio familiar; por eso había estado en mi casa como loca ayudándome para la gran cita. Pero creo que, aunque su novio hubiera estado con ella, Cloe también habría acudido a mi llamada de auxilio.

Eran las ocho menos cinco cuando llegué a la calle donde estaba situado el As de Copas y no vi a Mora sentado en ninguna de las mesas de la terraza. Una de las cosas que me había dicho Noe que tenía que cumplir era llegar cinco minutos tarde. Ya íbamos mal. Había llegado antes que él. Así que me quedé medio escondida en un cajero automático esperando a que él llegara. A las ocho y dos minutos, según mi móvil, lo vi aparecer. Iba guapísimo. Vaqueros azules desgastados, camiseta roja de manga corta y deportivas. Miraba a las mesas, supongo que buscándome, y se sentó en una mientras sacaba el móvil del bolsillo y tecleaba. Pidió algo al camarero y siguió mirando el teléfono. A mí no me llegaba ningún mensaje, así que no era yo la destinataria de lo que estuviera haciendo.

A las ocho y cinco salí de mi improvisado escondite y bajé unas escaleras que daban a la terraza del bar donde habíamos quedado. Según me acercaba, levantó la vista y sonrió mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón. Se puso en pie para recibirme con un beso en la mejilla y una sonrisa que me derritió.

—Hola, Naira. Estás preciosa —dijo mirándome de arriba abajo.

—Hola, muchas gracias.

Tomamos asiento y el camarero se acercó con una jarra de cerveza a nuestra mesa. Le pedí un refresco y Mora sacó un cigarrillo.

—¿Fumas? —preguntó ofreciéndome uno.

—No, gracias —respondí educada.

—Oye, que lo primero que quería decirte —sostuvo mientras sujetaba el cigarro en un lado de la boca y buscaba un mechero en los bolsillos del pantalón— es que siento haberme ido así anoche. —Hizo una pausa para encenderse el pitillo y, tras expulsar el humo de la primera calada, continuó—: Un amigo me llamó y tuve que ir a buscarle.

—No te preocupes, no pasa nada.

¿Que no pasa nada? ¡Venga ya! Deja de ser tan correcta, Naira. A ver si resulta que te gustó que te dejara tirada como el cigarro que se estaba fumando. Eso no es típico de un caballero.

—Te busqué —me lancé a decir—, pero no estabas.

Muy bien, así, sí.

—Ya... Tendría que haberte dicho que me iba.

El camarero trajo mi bebida y empezamos a charlar sobre el viaje de fin de curso. De París, de su encanto, de colarse en habitaciones ajenas...

—Fue divertido, ¿verdad? —dijo él sonriendo.

—Lo fue —afirmé con la misma expresión.

—Además, me gustó conocerte un poco más —apuntó mientras tiraba la colilla a sus pies y la pisaba sin haberse fumado el pitillo entero.

—Llevamos todo el año cruzándonos en el instituto y nunca habíamos hablado más de tres palabras —dije alzando las cejas.

—Sí..., es que, como te dije en París, eres como... muy hermética —respondió entrecerrando los ojos.

—Sí, bueno. No se me da bien la gente —exclamé entornando yo también los míos.

—Pero en las distancias cortas ganas... y mucho —continuó mientras me ponía la mano en el muslo.

En ese momento se me cortó la respiración. Notaba el calor de su mano en la pierna, bajo la fina capa de mi falda. Me ruboricé, seguro, y le di un trago a mi bebida para refrescarme un poco.

—Voy un segundo al baño —dije levantándome deprisa de la mesa.

—Ya..., vale.

Camino del baño respiré hondo y solté el aire. Una vez allí, me miré al espejo y pensé: «Naira, deja de ser tan comedida y disfruta del momento. Disfruta del ahora, es lo único que puedes hacer, y déjate llevar por una divertida tarde con el chico que te gusta. Así que sal y goza. Y deja de pensar tanto, que ya tendrás tiempo de hacerlo».

Después de repetirme eso un par de veces frente al espejo y que una chica me mirara raro por estar ahí delante un rato sin hacer nada más, salí con otro talante. Estaba tomando algo con el chico por el que llevaba suspirando día y noche este último año y parecía que me había tragado el palo de una escoba por lo estirada que estaba. Relajé los hombros meneándolos un poco, cogí aire, lo exhalé y me dirigí de nuevo a la terraza con una sonrisa de oreja a oreja.

Me senté otra vez en la silla, más segura de mí misma y dispuesta a pasar una buena tarde sin pensar en las consecuencias de todo lo que hiciera.

—¿Todo bien? —me preguntó guiñándome un ojo.

—Perfecto —respondí sonriendo.

En ese momento, me cogió la mano, que la tenía apoyada en la mesa, y yo me dejé hacer. Sonreímos sin hablar y con el pulgar empezó a trazar pequeños círculos. Cuando él iba a abrir la boca para decir algo, vi que se acercaban a la terraza Rafa y

Carlos, los chicos que estuvieron aquel día en la habitación del hotel en París. El primero le dio una palmada en la espalda.

—¿Qué pasa, tronco! —dijo mientras se sentaba en nuestra mesa sin preguntar.

Mora apartó rápidamente su mano de la mía y se recostó en la silla. Alzó la palma para chocarla con las de sus amigos, que ya se habían acomodado en nuestra mesa.

—¿Dos jarras de cerveza, por favor! —gritó Carlos al camarero, que esperaba paciente la llegada de clientes en la puerta del bar.

El mesero asintió con media sonrisa y se adentró en el local.

—¿Os acordáis de Naira? —dijo Mora señalándome con la mano.

—Sí —contestaron los dos al unísono.

—¿Qué tal? —preguntó Rafa.

—Bien, gracias —respondí.

Rafa tenía el pelo corto por los lados pero largo por detrás, castaño y algo rizado. Llevaba un gran aro en la oreja derecha y un tatuaje que le recorría casi todo el brazo izquierdo, pero no pude adivinar qué era exactamente. Vestía una camiseta desgastada sin mangas y unos vaqueros viejos que le daban un aspecto algo descuidado. Carlos era diferente; llevaba un polo azul que hacía juego con el color de sus ojos, enmarcados por un pelo muy moreno, corto y engominado.

—Bueno, y ¿qué os contáis? —preguntó Rafa mientras se liaba un cigarro.

—¿No tenéis otro sitio donde tomar algo, tíos? —respondió Mora sin preámbulos.

—No jodas, tío, encima que venimos a haceros compañía... —dijo Carlos riéndose y guiñando el ojo a Rafa.

—Ya sabemos cuidarnos solitos —apuntó Mora.

—Además, hemos quedado ahora con el resto. Les he enviado un mensaje y les he dicho que vinieran directamente aquí —dijo Rafa con un tono algo rebuscado.

—¿Con todos? —preguntó Mora asesinándole con la mirada.

—Con todos: Marco, Raúl, Tomás, Lena, Adriana..., todos —sentenció entre risas mientras se encendía el cigarro.

El camarero dejó las dos jarras de cerveza con unas aceitunas de aperitivo sobre la mesa. Mora se mordió el labio inferior mientras miraba al cielo; yo no entendía ese juego de miraditas a tres que tenía con sus amigos, pero era algo bastante incómodo. Era todo muy raro. ¿Qué había querido decir con «todos»? Desde luego, esta no era la cita que yo me esperaba.

En ese momento, Mora sacó su cartera del bolsillo trasero del pantalón, cogió un billete de cinco euros y lo lanzó literalmente sobre la mesa mientras se levantaba.

—Nos vamos, Naira.

Y me cogió de la mano y tiró de mí para levantarme de la silla. No entendí nada, pero reconozco que me alegró marcharme de allí y no seguir con sus amigos. La situación no estaba siendo nada agradable; me sentía como una espectadora de una función que no había pagado por ver.

—Adiós —dije mientras nos alejábamos.

Mora entrelazó sus dedos con los míos. Caminaba ligero y me dejaba un poco atrás, aunque nuestras manos seguían unidas.

—¿Tienes prisa? —pregunté sonriendo mientras caminaba a buen ritmo.

En ese momento, aflojó el paso y se dio la vuelta para mirarme.

—No, perdona. Es que mis amigos me han puesto de mala hostia.

—Algo he notado. ¿Puedo saber por qué?

—Siempre aparecen en los momentos más inoportunos.

—Ya...

—Lo siento por habernos ido así —dijo poniéndose frente a mí.

—No pasa nada —respondí con media sonrisa.

Y en ese momento, se acercó poco a poco a mí y mi corazón empezó a acelerarse. Me miraba alternativamente a los ojos y a los labios, e inevitablemente estos se entreabrieron. Me soltó la mano y cogió mi cara entre sus manos, acariciándome con los pulgares. Tragué saliva y me besó. Acopló perfectamente su boca a mis labios y, sin que apenas me diera cuenta, su lengua empezó a jugar con la mía, inmóvil ante la sorpresa, pero que despertó ante el contacto con la suya. Me dejé hacer mientras él empezaba a recorrerme la espalda con las manos y yo jugueteaba con su pelo. Esto empezaba a gustarme; la verdad es que era algo brusco y reconozco que a veces me hacía un poco de daño al mordisquearme los labios, pero supuse que sería lo normal. Una de sus manos bajó hasta empezar a tocar mi trasero. Di un respingo, pero él me apretó más a su cuerpo con la mano al final de mi espalda. Me daba algo de vergüenza que la gente que pasara por nuestro lado nos viera y pensara que éramos unos degenerados, pero yo era virgen en todo lo referido a relaciones personales (no lo llamo relaciones de pareja porque sería adelantarme mucho a la situación).

Intenté separarme una vez, pero me cogió de la nuca con decisión y no dejó que lo hiciera, al tiempo que absorbía literalmente mi lengua con la suya. Era todo como muy salvaje, dentro de mi inexperiencia, o será que yo, acostumbrada a ver todas las películas románticas del mundo, me había acostumbrado a ver solo besos de película, y en la vida real no era así. No sé.

Al final me separé y él, con una sonrisa en los labios, volvió a cogerme de la mano y tiró de nuevo de mí para seguir caminando.

—Y ¿adónde vamos? —le pregunté mientras me recomponía ante tal manifestación de cariño.

—A otro sitio donde nadie nos moleste —respondió sin mirarme.

—Y ¿puedo saber dónde es ese sitio? —dije curiosa.

—A mi coche...

¿A su coche? ¿A su coche para ir a otra parte o a su coche para quedarnos allí? Quedaría muy inocente preguntárselo, ¿no? La idea que yo tenía era de tomarnos algo tranquilamente en un bar, dar una vuelta por el barrio y ya está. Sí que me

imaginaba que habría algún beso y tal, pero en mis planes no entraba ir en coche a ninguna parte.

—Y... —me atreví a decir— ¿por qué no nos quedamos por aquí a tomar algo? —dije.

—Porque siempre estará el típico inoportuno que nos joderá el plan —respondió sin parar de caminar.

—Pero en el coche...

—Sí, vamos al coche —expresó tajante.

A todo esto, seguíamos andando como si se fuera a terminar el mundo; no entendía por qué caminaba tan rápido. No me apetecía ir a ningún sitio en coche, pero tampoco quería ser borde, aunque la verdad es que me estaba apeteciendo ser un poquito más cortante.

—Y ¿adónde vamos a ir? —pregunté.

—A algún sitio más tranquilo —respondió sin mirarme mientras buscaba las llaves del coche en el bolsillo.

—Pero... espera —exclamé mientras paraba de caminar y conseguía que él también lo hiciera.

—¿Qué pasa? —dijo serio.

—Que prefiero tomar algo por aquí —respondí en el mismo tono.

Nos sostuvimos la mirada sin decir nada, y reconozco que fue algo un poco tenso.

No sé por qué me daba que Mora buscaba un sitio más tranquilo para hacer otras cosas que a mí no me apetecía hacer; es decir, acostarnos. Yo no me había acostado con ningún chico nunca, y no quería que fuera así de brusco. Vale que Mora me gustaba, pero solo hacía un día que habíamos tenido algo; para mí no era el momento de hacer nada.

—¿Qué pasa, Naira? —preguntó con voz grave.

—Que no me apetece ir en coche a ninguna parte —respondí asertiva.

—Vamos a ver —dijo tocándose la frente—. Solo quiero intimidad, nada más.

—Sí, lo sé..., pero me apetece tomar algo.

—Naira, no me vengas ahora con que no sabías para qué quedábamos después de lo de ayer —continuó acercándose a él mientras me cogía por la cintura.

—Yo...

—Tú nada —dijo besándome en el cuello—. Vamos a un sitio en el que nadie pueda molestarnos...

Joder, ¿por qué me estaba pasando esto a mí? Me moría por los huesos de Mora, pero tampoco quería perder mi virginidad así, en un coche y sobre todo sin estar segura. ¿Y ahora qué le decía? Si me negaba a ir en su coche, a lo mejor dejaba de querer quedar conmigo y me culpabilizaría toda la vida por haber sido una niña estrecha.

—Mora, yo...

—Mmm —respondió mientras me besaba el lóbulo de la oreja.

—Que no estoy segura de querer ir. —Toma ya, lo dije.

—No va a pasar nada, niña, solo nos divertiremos juntos, nada más... —respondió sin dejar de jugar con mi cuello.

—Ya, pero es que...

—¿Es que qué?

—Que yo no...

Joder, qué difícil es explicar que soy virgen sin decirlo y sin que se entere medio Madrid. Solo me faltaba ponerme un letrero en la frente que pusiera: «Señoras y señores, soy virgen y no sé cómo coño decírselo al chico que me gusta, ¿me ayudan? Se aceptan sugerencias».

—¿Que tú no qué, niña...?

—Que yo nunca...

En ese momento se separó inmediatamente de mí y, llevándose las manos a la cabeza y riendo, dijo:

—Hostia, no jodas...

—¿Qué pasa?

—No jodas que tú nunca..., que jamás..., ¡que eres virgen, coño! —dijo por fin revolviéndose el pelo.

En ese momento, toda la sangre de mi cuerpo se desplomó en las plantas de mis pies. Hablar de esto con mis amigas, vale, pero tener que justificarle al chico que te gusta que nunca has pasado a más con alguien, aparte de besos, y besos castos, es bastante complicado.

—La madre que me parió... —dijo sin parar de reírse—. Esta sí que es buena. —Me miró de arriba abajo con los brazos cruzados y sonrisa de suficiencia.

—¿Qué pasa? ¿Soy una marciana por ello? —Ya me estaba empezando a mosquear.

—No, no..., perdona, niña. Es que me ha pillado por sorpresa. —Se metió las manos en los bolsillos—. A ver, intuía que no tenías mucha experiencia...

—Eh —dije mosqueada—. A ver qué vas a decir.

—Nada, nada, solo que no me imaginaba que fueras virgen.

—Bueno, baja el tono que no hace falta que se entere todo el mundo —respondí mirando a mi alrededor.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Si quieres nos tomamos algo y luego, si te apetece..., pues ya sabes —dijo volviendo a ronronearme.

Me gustaba tanto ese chico que al final volvimos a besarnos y nos fuimos a otro bar. Reconozco que me sentí bastante incómoda el resto de la tarde; me notaba como presionada por tener que tomar una decisión, y no una cualquiera, sino acostarme con él. Mora no me lo decía directamente, pero no hacía falta; solo con ver cómo me miraba y cómo me tocaba estaba claro que él buscaba un «final feliz» a la cita, así

que fingiendo un dolor repentino de cabeza, le dije que me marchaba a casa. Se ofreció a acompañarme, pero le dije que no, que muchas gracias, que prefería ir sola, que con mi dolor de cabeza no sería una buena compañía para nadie.

Nos despedimos con un beso cargado de pasión y deseo y caminé hasta mi casa pensando en lo que debía hacer: si entregarle mi valor máspreciado y asegurarme que seguiría conmigo o no dárselo y arriesgarme a que me dejase.

Capítulo 8



Pasé el domingo en casa sin tener noticias de Mora; estaba claro que mi decisión de irme había dado al traste con lo poco que había avanzado con él. Yo no iba a escribirle, porque no quería caer más bajo de lo que había caído ya, así que, aunque estuve todo el día mirando el teléfono por si me enviaba algún mensaje, no recibí nada suyo. Mis amigas me llamaron y les conté lo que me había pasado. Quedamos en que el lunes hablaríamos largo y tendido sobre el tema. Ya no teníamos instituto porque debíamos prepararnos para la selectividad. Así que eso era en lo que ahora debía centrarme, en sacar buena nota para poder entrar en la facultad que quería y estudiar lo que siempre me había gustado, Magisterio. Quedaban días duros de estudio, de biblioteca y de mucha concentración; ya habría tiempo después para descansar y desconectar. Ahora lo importante era lo importante. Cogí los apuntes que necesitaba para estudiar y empecé a ordenarlos con el fin de organizarme el tiempo en función del volumen. Me ponía bastante nerviosa jugármelo todo en pocos exámenes, sin importar lo que hubiese estudiado a lo largo del curso, ya que, si tenía un día malo durante una de las pruebas, tiraría por la borda todo lo aprendido. No me parecía justo. Pero era lo que había, por mucho que yo me quejara, así que menos quejas y más producir.

Soy bastante maniática a la hora de estudiar; creo que ya os comenté que lo era en algunas cosas, y una de ellas era esta. Para mí, el orden de los apuntes era fundamental para un estudio productivo. El color de los subrayadores, también. En verde, los títulos generales de los temas; en amarillo, los títulos de los subpuntos; en rosa, los párrafos importantes, y en naranja, los nombres de personalidades importantes o fechas señaladas. Como cambiara de color alguno de esos puntos, se descuadraba todo y no me concentraba. Manías, sí, pero también me servían para memorizar no solo mentalmente, sino también fotográficamente. Tenía una memoria visual bastante buena. Me solía acordar a la perfección de las caras de la gente y de qué la conocía, aunque de los nombres casi siempre me olvidaba.

Cuando estaba ordenándolo todo, me di cuenta de que me faltaban el subrayador amarillo y el verde, así que me puse lo primero que pillé y bajé a comprarlos a la tienda de la esquina, que abría todos los días en horario ininterrumpido. Ya que estaba allí, aproveché para adquirir unos *post-it* de colores y unos bollitos de chocolate, que dicen que el azúcar ayuda a concentrarse mejor.

Ya cuando entré en casa escuché a mis padres que hablaban en la cocina. Pero no lo hacían entre risas, como siempre. El tono era diferente. Estaban nerviosos y exacerbados.

—Bueno, ¡y qué quieres que yo le haga! —decía mi padre alterado.

—¡Pues no lo sé! —respondió mi madre con el mismo tono.

—Yo no puedo hacer nada, así que lo único que podemos hacer es esperar.

Me quedé en la entrada escuchando. Era raro oír a mis padres discutir; daba la sensación de que habían estado esperando a que me marchara para hacerlo. Tragué saliva, quieta como una estatua, en la entrada de casa para intentar descifrar el motivo de la bronca.

—Esperar, esperar..., ¡yo no puedo esperar! ¡Que te digan algo ya! —gritó mi madre. Estaba claro que no habían oído la puerta cuando yo entré.

—¡A ver, cariño! ¡Que yo no puedo obligarles a que me digan algo! ¡Bastante nervioso estoy yo ya como para que tú no me apoyes en esto!

—¡Pues claro que te apoyo! ¿Cómo no iba a hacerlo? Pero ¿sabes lo que nos espera como sea verdad?

—Pues ¡prefiero no pensarlo!

Y en ese momento, mi padre salió de la cocina y yo hice como si acabara de llegar a casa, cerrando la puerta por segunda vez.

—¡Hola! —dije con una sonrisa fingida.

—Hola, cariño, ahora vuelvo —respondió mi padre cruzándose conmigo y saliendo a la calle.

Me dirigí a la cocina y, aún con la sonrisa disfrazada, me quedé en el umbral.

—Ya estoy aquí, mamá —dije mordiéndome el labio inferior.

—Hola, Nai —contestó mientras terminaba de recoger la cocina.

—¿Todo bien? —pregunté con cuidado.

—Sí, cariño —respondió con cautela.

Estaba claro que ninguno de los dos quería hablar. Mi padre se había marchado y mi madre fregaba la encimera como por instinto, pero lo que estaba claro era que la cabeza la tenía en otra parte. Alguna vez les había oído discutir, pero nunca se había marchado ninguno de los dos. No me atrevía a preguntar qué había ocurrido, porque no había duda de que ninguno quería hablar del tema, así que decidí meterme en mi habitación. Creo que no era un buen momento para ponerme a estudiar, pues no creía que pudiera concentrarme demasiado en ese momento.

Me tumbé en la cama y me puse a mirar cosas en el móvil, tonterías, pero al fin y al cabo, cosas que no me suponían un estado de concentración extremo. Estuve a punto de llamar a mis amigas y charlar un rato, pero luego lo pensé y tampoco me apetecía airear las broncas de mis padres sin por lo menos saber antes qué les pasaba. Puse la tele en mi cuarto y estuve viendo un par de capítulos de *Anatomía de Grey*, repetidos, obviamente, pero que me mantuvieron distraída un rato.

Me quedé medio dormida hasta que alguien llamó a la puerta de mi habitación.

—¿Nai?

Era la voz de mi padre. Me sobresalté porque no me lo esperaba y me incorporé en la cama apoyada sobre los codos.

—Sí, papá, pasa.

Mi padre abrió la puerta despacio y asomó la cabeza con cautela.

—¿Vas a cenar?

—Sí, sí... Me he quedado dormida. Ahora salgo.

—Vale, cariño. Te esperamos en la cocina.

Me froté los ojos y miré la hora en el móvil. Me había dormido algo más de una hora. No era mi intención, pero la verdad era que me había venido bien, y reconozco que escuchar la voz de mi padre me reconfortó, porque ya estaba en casa. Con lo tremendista que soy, ya me los imaginaba separados, mi padre buscando piso en otra ciudad y yo quince días en casa de cada uno. Tengo que dejar de ser tan cruda y tan mal pensada o cualquier día me va a dar algo.

Salí de la habitación y cené algo con ellos en la cocina. Hablaban entre sí, pero parecía claro que la cosa estaba tensa. Mi madre me preguntó cómo llevaba la preparación de la selectividad y le dije que bien, que ya lo tenía todo organizado y que al día siguiente comenzaría a tope. Mi padre se limitó a asentir ante mi respuesta y poco más.

Me fui pronto a la cama a leer un rato. Tenía entre manos *Los renglones torcidos de Dios* y a veces me sentía como la protagonista, entre loca y cuerda, sin llegar a saber cuándo estaba de una manera o de otra.

El lunes quedé con mis amigas por la mañana para ir a la biblioteca, pero nos encontramos en el parque de enfrente para hablar sobre mi cita con Mora.

En cuanto les conté lo que había pasado, las dos coincidieron en lo mismo.

—Ni se te ocurra acostarte con ese tío si no estás segura, ¿eh? —dijo Noemí tajante.

—Y ni mucho menos porque pienses que vaya a dejar de llamarte —apuntó Cloe.

—Ya... —me limité a responder—. Es que me gusta... y, claro..., entiendo que con la edad que tenemos, pues que él quiera hacer esas cosas —dije mirándome las manos mientras hablaba.

—Pues que le den. No puede obligarte a hacer algo que no quieras —continuó Cloe.

—Y si no, que se las arregle solito para satisfacerse..., cinco contra una, ¡no te jode! ¡Faltaría más! —respondió Noemí tirando un papel para encestarlo en la papelerera que teníamos enfrente.

—Para una vez que un chico que me gusta se fija en mí..., voy yo y soy una estrecha —dije enfadada.

—¡Anda ya, Nai! ¡No digas eso! Si él quiere estar contigo, esperará, y si no, puerta —apuntó Cloe con contundencia—. Cuando empecé a salir con Bruno, a mí me daba muchísimo miedo ese momento, ya os lo conté en su día. Y él me respetó hasta el momento en el que yo estuve segura. Fue tan bonito... —suspiró.

—Pues yo me tiré por primera vez al chico que me gustaba, porque me lo tiré yo a él, no él a mí —matizó Noemí—, ¡cuando yo quise! —dijo apuntándose con el dedo índice—. Si queréis que os sea sincera, no me acuerdo muy bien de su nombre —nunca dejará de sorprenderme—, pero sí recuerdo que fue totalmente consentido. Así que, Nai, deja de comerte la cabeza y haz lo que te apetezca hacer, ¿vale?

—Vale —respondí mirándola con media sonrisa.

—Y si se pone cansino, ya me llamas a mí y le doy un par de hostias.

Todas nos echamos a reír ante el comentario de Noemí; es que era única, extrovertida, sincera y dispuesta a darlo todo por nosotras. No sería la primera vez que la vería intimidar a un tío amenazándole con el puño en alto. Aún me acuerdo, en el colegio, de un recreo en el que un niño se metió con Cloe y ella, sin dudarlo, le empujó al suelo y empezó a darle tortas. El niño solo decía «¡me voy a chivar al profesor!». A día de hoy, todavía lo recordamos y no podemos parar de reír.

Capítulo 9



Estuvimos estudiando toda la mañana en la biblioteca; éramos conscientes de que ahora era lo que tocaba, estudiar, que había momentos para todo, para divertirnos, para reír, para llorar, para ser responsables... y ahora tocaba serlo. Queríamos estar las tres en la universidad y acabar la carrera juntas.

Cuando éramos pequeñas siempre soñábamos con vivir en la misma casa y pasar el resto de nuestras vidas unidas. Cierto es que en esos momentos no pensábamos en los chicos como ahora lo hacemos; antes no eran más que pequeños mocosos que solo servían para incordiarlos... y ahora pensamos lo mismo, además de adjudicarles alguna que otra característica más. No me imagino la vida sin ellas, la verdad.

Los días pasaron entre estudio y más estudio; era momento de darlo todo. En un par de días nos examinaríamos y ya seríamos libres para poder salir y pasarlo bien de vacaciones. Mi padre seguía raro, cada día más, pero nadie decía nada; la ley del silencio imperaba en mi casa. Si no se habla del tema parece que los problemas desaparecen. Pero eso no fue así. No solo no desapareció el problema, sino que me di de bruces con él un día volviendo de la biblioteca. Cuando entré en casa vi las llaves de mi padre sobre la mesita del recibidor; me adentré en el salón y ahí estaba él, sentado en el sillón con la televisión apagada. Mi madre aún no había llegado de trabajar. ¿Qué hacía mi padre aquí a estas horas? Si él llegaba a casa por la tarde... Algo no iba bien.

—¿Papá? —dije tímida.

Se levantó del sillón como un resorte y se acercó a mí despacio.

—Hola, Nai —dijo dándome un beso—. ¿Qué tal los estudios?

—Bien, bien..., pero tú..., ¿está todo bien? —pregunté entrecerrando los ojos.

—Ven, siéntate —dijo cogiéndome de la mano y llevándome hacia el sillón.

Ahora sí que estaba nerviosa, con esa manera de hablarme, y sobre todo con el «ven, siéntate» había conseguido preocuparme.

Cuando nos acomodamos en el sillón no me soltó la mano y jugueteaba con ella mientras la miraba.

—¿Qué pasa, papá? —dije buscando su mirada al ver que no arrancaba.

—Verás, cariño..., las cosas en la empresa no iban bien.

No hizo falta que dijera nada más. Sentí como si un jarrón de agua fría me cayera por la cabeza y resbalara por todo mi cuerpo.

—¿Te han despedido? —exclamé sin pensar.

—Sí —respondió mirándome a los ojos por primera vez desde que nos sentamos—. A mí y a media plantilla.

—Pero... —Me puse la mano en la boca.

Me empezó a entrar el pánico. Con el sueldo de mi madre no podríamos vivir; no es que yo conociera todos y cada uno de los gastos que teníamos, pero no había que ser demasiado lista para saber que solo con lo que ganaba mi madre no llegaríamos a fin de mes.

—Tú tranquila, cariño. Ahora lo que tienes que hacer es concentrarte en tus estudios; ya verás como en nada estoy trabajando otra vez.

—Pero, papá —dije con los ojos empañados.

—Eh..., no llores, ¿eh? Está todo bien —dijo abrazándome.

No, no estaba todo bien, solo había que mirarle a la cara; la tenía totalmente desencajada, como si hubiera envejecido diez años desde que le había visto por la mañana antes de irse al trabajo. Sabía que ni mi padre ni mi madre iban a dejar que pasáramos hambre, pero ahora tocaba arrimar el hombro y apretarnos el cinturón. No es que mis padres tuvieran unos sueldos muy altos, pero es cierto que con los de los dos vivíamos relativamente bien. No nos faltaba de nada y, es más, cuando quería algo siempre lo tenía.

Mi padre estaba sacando fuerzas de donde fuera para poder aguantar el tipo delante de mí, se le notaba, pero me alucinaba cómo podían llegar a ser los padres, y con ello quiero decir padres y madres, para sacar una fuerza sobrehumana en situaciones difíciles. Yo no conozco a mis abuelos maternos y mi madre sacó todo el coraje del mundo para seguir con el embarazo a pesar de su repudio. Por parte de mi padre, sí estuvieron a su lado, no muy convencidos, es cierto, pero no les dejaron en ningún momento. No les conocí demasiado porque por desgracia murieron hace años en un accidente de tráfico.

Me pregunto si algún día llegaré a conocer a mis abuelos maternos. Muchas veces me pregunto cómo serán, si se acordarán de nosotros, si se habrán arrepentido de la decisión que tomaron en su día...

Pero bueno, que ahora mismo de lo que tenía que preocuparme era de apoyar a mis padres tras esta nueva y fatídica situación y tenía que estar a la altura. Así que intenté tomar las riendas de la conversación con mi padre y, sobre todo, no dejar que me viera mal.

—Bueno, papá —dije sorbiendo por la nariz y mostrando mi mejor sonrisa—. Esto no va a poder con nosotros; es una cosa que por desgracia le pasa a mucha gente y vamos a superarlo entre todos, ¿vale?

A mi padre se le iluminó la cara y también la mirada. No sabía cómo saldríamos de esta, pero lo que estaba claro es que unidos sería muchísimo mejor.

Esa tarde los tres vimos una película en el salón, con palomitas incluidas, una manera de mostrar nuestra unión sin decirlo. Esa tarde fue nuestra y de nadie más.

Llegaron los exámenes de la selectividad y la verdad es que me divertí muchísimo. Cloe, Noemí y yo lo vivimos bastante tranquilas, todo lo contrario a lo que yo me imaginaba días antes. Cuando me acostaba suponía que el día de la selectividad estaría supernerviosa, con un ataque de ansiedad, sin llegar a tiempo porque el autobús pillaría un atasco, y que suspendería todos los exámenes por quedarme totalmente en blanco ante ellos. Y luego resultó ser todo lo contrario. El sol brillaba, enmarcado por un cielo azul que invitaba a tumbarse en el césped anexo a la Facultad de Ciencias donde nos examinábamos. Salimos pronto de casa las tres para llegar cuanto antes al campus y, cuando estuvimos allí, buscamos dónde nos examinaríamos. No fue difícil encontrarlo; lo cierto era que estaba todo muy bien indicado. Así que ya solo faltaba hacer bien los exámenes.

Al acabar una de las primeras pruebas, nos compramos unas latas de refrescos y nos sentamos en el césped a charlar un ratito. Prometimos no hablar sobre qué tal nos había salido ni repasar para el siguiente. Así que, fieles a nuestra palabra, nos pusimos a charlar sobre lo que haríamos ese fin de semana, ya libres de estudio. ¡Había que celebrarlo por todo lo alto!

—Chicas, voy al baño. Que como no entre ahora, me voy a pasar todo el segundo examen con ganas de mear —dije levantándome deprisa.

Mientras buscaba algún cartel que indicara dónde había lavabos, no sé cómo ni por qué, me choqué con un chico al que sin querer le tiré todos los papeles que llevaba.

—¡Ostras, perdona! —dije separándome de él—. Yo no...

—Tranquila, no pasa nada —respondió agachándose a recoger los papeles.

—No te he visto —continué apurada haciendo lo mismo que él.

—Eso espero... Si no, me preocuparía —contestó sonriendo.

Después de recoger los papeles, nos levantamos y ya por fin pude verle la cara.

—¿Tú estás bien? —me preguntó.

—Sí, sí, gracias —respondí sofocada.

—Soy Hugo —se presentó.

—Yo, Naira —respondí.

Se acercó a darme dos besos. Era un chico bastante mono, del montón, pero muy atractivo. Llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta azul oscura, una gorra negra con una franja blanca y una mochila también negra.

Tras presentarnos, me di cuenta de que llevaba aún en mis manos algunos de los papeles que le había ayudado a recoger.

—¡Uy, perdona! Creo que esto es tuyo —dije algo cortada.

Pero no pude evitar leer lo que ponía en las hojas. Eran panfletos para una fiesta que se celebraría ese mismo fin de semana con motivo del final de los exámenes.

—Anda, ¡una fiesta! —exclamé mientras terminaba de leer el papel.

—Sí. Para celebrar el fin de curso. Ya sabes, nada nuevo, música, alcohol y lo que se tercié —dijo Hugo entre risas.

—Guau, tienes una manera muy peculiar de definir las fiestas —sonreí.

—Jajaja... Sí, no soy muy aficionado a ellas, la verdad. ¿Tú sí? —Levantó las cejas.

—Hombre, nunca viene mal pasarlo bien de vez en cuando, ¿no?

—No..., pero hay muchas otras formas de pasarlo bien.

—¿Por ejemplo? —dije.

—No sé... ¿Cine?, ¿teatro? —respondió haciendo un mohín.

—Bueno..., sí, pero reconozco que para una celebración como esta casi que prefiero una buena fiesta —afirmé entrecerrando los ojos.

—Pues nada, si te quieres pasar..., allí estaré —dijo con media sonrisa.

—¿No dices que no eres de fiestas? —exclamé con tono irónico.

—La verdad es que no, pero cuando eres uno de los organizadores, no sé por qué me da que debería presentarme.

Se me abrieron los ojos a más no poder.

—¿Tú la organizas?

—Y un par de amigos más; los fiesteros del grupo, vaya —dijo como insinuando que él no lo era—. Tenemos una pequeña empresa de organización de eventos.

—Ya veo, ya. Pues mira, lo mismo me paso con mis amigas. ¿Puedo llevarme un panfleto? —pregunté mostrándole uno.

—Me ofendería si no lo hicieras —respondió guiñándome un ojo.

—Pero que sepas que solo voy para ver qué haces para divertirte en esos «antros de perversión» —contesté con picardía.

—Jajajaja..., poca cosa. Quemo contenedores y poco más —dijo negando con la cabeza.

No pude evitar reírme. Este chico me había caído muy bien, la verdad.

—Bueno, pues allí nos vemos —dije en tono de despedida.

—Eso espero —respondió dándome dos besos.

Y volví a buscar el baño con más cuidado, y con una sonrisa en los labios.

Capítulo 10



Los demás exámenes no me fueron muy mal. Salí un poco decepcionada de uno de ellos, pero bueno, ya nada podía hacer por mucho que me comiera la cabeza, así que lo mejor sería relajarme, esperar a que salieran las notas y pensar en lo que haría en estas vacaciones previas a mi vida como universitaria.

El lunes próximo tendríamos los resultados, así que al final decidimos que ese sábado iríamos a la fiesta de aquel chico que conocí, bueno, con el que tropecé el primer día de la selectividad. Hugo se llamaba.

Les conté el plan a las chicas y les pareció muy buena idea: cambio de gente, cambio de aires... Según el panfleto que me traje, la fiesta se celebraría en un local en el centro de Madrid a partir de las nueve de la noche. Con el precio de la entrada, tendríamos derecho a dos consumiciones y barra libre de chupitos. No entendí muy bien lo de la barra libre de chupitos, pero esperaba no terminar sacando a Noemí de la discoteca a cuatro patas. Parece que en cuanto vemos que algo es gratis, vamos como desesperados a por ello; si regalan ropa o comida, vale, pero si en este caso lo que regalaban era alcohol..., la cosa cambiaba. Pero bueno, el caso era que al día siguiente iríamos a la fiesta a celebrar que habíamos terminado la selectividad y nuestro escenario académico cambiaría en un par de meses.

Mis padres esos días estaban un poco nerviosos. Era comprensible después de lo del despido, pero él ya estaba buscando trabajo para intentar no quedarse mucho en casa y darle demasiado a la cabeza. De momento tendría paro y ya había arreglado los papeles para cobrar el siguiente mes, así que yo les animaba diciéndoles que de todo se salía y que entre todos lo conseguiríamos. Mis padres eran bastante optimistas en general, pero a veces la vida da vueltas de tuerca que consiguen apretarte demasiado, y para mis padres esta era una de ellas.

El viernes por la mañana, mientras estaba en la piscina con mis amigas, recibí un mensaje de Mora en el móvil.

—¡¡¡Chicas!!! ¡¡¡Mensaje de Mora!!! —dije mientras ellas se tiraban a mi lado en la toalla.

—¡Ábrelo a ver qué dice! —animó Cloe.

—A ver... «Hola, niña, ¿qué tal?, ¿te apetece que nos veamos esta tarde un rato?» —leí literalmente.

—¿Ves? Quiere volver a verte, aunque no hicieras nada con él el otro día —apuntó Cloe.

—Si es que lo tíos son como son... No sé de qué os sorprendéis —dijo Noe mientras se sentaba tipo indio y se miraba las piernas—. Estaba claro que te iba a escribir.

—¿Y por qué estás tan segura? —pregunté mirándola.

—Pues porque son bastante básicos. ¿Quieres sexo? No, pues lo vuelvo a intentar, ¿quieres sexo? No, pues lo vuelvo a intentar. Cuanto más les digas que no, más detrás los tienes.

—Por esa regla de tres, ¿hoy lo volverá a intentar con ella? —preguntó Cloe mirando a Noe.

—Yo creo que sí —respondió.

—¿Y ella qué deberá hacer? —insistió Cloe.

—¡Eh! ¡Que estoy aquí delante de vosotras! ¡Que puedo contestar! ¡Me veis? —dije moviendo las manos delante de sus caras.

Se habían enfrascado las dos tanto en la conversación que parecía que yo no existía.

—Vale, vale, perdona, tienes toda la razón —continuó Cloe—. Y entonces, si lo vuelve a intentar, ¿qué vas a hacer?

—Pues yo qué sé...

—¿Tú quieres acostarte con él? —preguntó Noe directa.

—A ver... Mora me gusta, y mucho, pero realmente no estoy saliendo con él, y yo, para perder la virginidad, me gustaría hacerlo con alguien con el que lleve más tiempo, bueno, algo más de tiempo, únicamente nos hemos visto a solas una vez. Yo me imaginaba ese momento con un chico con el que tuviera una relación más o menos estable.

—Pues entonces ya nos has respondido —dijo Noemí guiñándome un ojo—. Mira, nena, si la única razón para no acostarte con él es el miedo a perderle, ya tienes la respuesta. Venga, no jodas, Nai, nunca has estado con un chico; si quieres acostarte con él, disfrútalo, pero no lo hagas por miedo a perderle. Además, si tiene tantas ganas, que venga ya relajadito de casa y te deje un poquito en paz. No sé si me explico...

—Ya... —respondí.

—Además, tampoco es plan de idealizar tanto la primera vez; ya sabéis cómo fue la mía. —Resopló mirando al cielo—. Pero por lo menos que sea especial para ti y que en ese momento pienses que esa persona merece la pena.

—Joder, Noemí, me acabas de dejar alucinada..., ¿sabes hablar sin decir tacos! — se carcajeó Cloe.

—¡Y a mí, y a mí! Qué cosas tan bonitas me acabas de decir..., jajajaja — aplaudí.

—Idos a tomar por culo —dijo riéndose y levantándose para después tirarse de cabeza a la piscina. Tras salir de debajo del agua, nos saludó muy amablemente con el dedo corazón en alto para que lo viéramos bien.

Hablé con ellas un rato más y al final decidí que quedaría con Mora por la tarde. Le mandé un mensaje contestándole a su pregunta.

Vale, ¿cuándo nos vemos?

¿Te parece bien a las ocho en el parque, en la fuente de los músicos?

Vale. Pues nos vemos esta tarde.

Perfecto. Nos vemos.

¿Solo me doy cuenta yo o los mensajes son muy fríos? No es que tenga mucha experiencia, pero ¿no se supone que cuando empiezas con un chico los mensajes son más románticos, más dulces, con más coqueteo? No sé, no quiero darle muchas vueltas a la cabeza, pero tenía una sensación rara con Mora, porque las mariposillas del estómago no revoloteaban como yo me esperaba. Estaba más nerviosa por pensar en la excusa que le pondría si intentaba tener sexo conmigo que por imaginarme la maravillosa tarde que podríamos pasar juntos. Y eso no era demasiado bueno, ¿no? Repito hasta la saciedad mi falta de experiencia, pero yo viví cómo comenzó la relación de Cloe y su novio, y ella no tenía en absoluto los miedos que yo tengo ahora. Me siento un poco presionada ante el tema. Pero bueno, lo que iba a hacer era verle esta tarde y disfrutar.

Para quedar con Mora me puse una camiseta roja de tirantes algo holgada acompañada de unos *shorts* vaqueros y unas sandalias también rojas. Me hice una coleta y me maquillé poco. Algo de base, rímel negro y *gloss* transparente en los labios.

—¡Mami, me voy ya! —dije mientras metía las llaves de casa dentro de mi bolso cruzado.

—Vale, cariño —exclamó mientras salía de la cocina secándose las manos con un trapo blanco con cerezas dibujadas—. No llegues muy tarde, ¿vale?

—Vale, mami —respondí dándole un beso en la mejilla—. ¿Y papá?

—Ha bajado a por huevos, que no nos quedaban.

—¿Cómo está? —pregunté preocupada.

—Bien, tú tranquila, cariño. —Me dio un beso en la frente—. Disfruta.

Me acompañó hasta la puerta y se despidió con una sonrisa, algo forzada para mi gusto. Cuando iba camino del parque donde había quedado con Mora, me llegó un mensaje al grupo que teníamos las tres.

¡Pásalo bien! —decía Cloe.
Y si intenta algo más, ¡se la cortas! —apuntó Noemí.
¡Gracias, chicas! Qué haría yo sin vosotras.

Cuando estaba ya en el parque y me acercaba a la fuente donde habíamos quedado, vi de lejos que Mora ya había llegado. Estaba allí apoyado fumándose un cigarro y mirando hacia los lados. Llevaba un vaquero oscuro y una camiseta beis con cuello de pico. Unas playeras Converse acompañaban su atuendo.

Miré mi reloj: las ocho en punto. Él había llegado antes y yo, puntual como siempre, allí estaba nerviosa por cómo me recibiría. Mientras me acercaba me vio y, exhalando el humo del cigarro, sonrió y lanzó la colilla al suelo. Se incorporó y se acercó a mí sin dejar de sonreír hasta que quedamos uno frente al otro.

—Hola, niña —dijo acercándose y dándome un beso en los labios.

Me quedé un poco cortada, pero me encantó que me recibiera con sus labios sobre los míos. Me agarró por la cintura y yo hice lo mismo alrededor de su cuello. La tarde prometía. Cuando separamos nuestros labios no hicimos lo mismo con nuestros brazos, que seguían rodeándose mutuamente.

—¿Qué tal? —me preguntó sin dejar de mirarme.

—Bien, ¿y tú?

—Bien...

—¿Hace mucho que has llegado?

—No, apenas cinco minutos, lo que he tardado en fumarme un cigarro.

Y volvió a acercarse a mí y a besarme, esta vez de forma un poco más pasional. Cuando nos separamos me preguntó si me apetecería comprar un litro de cerveza y tomárnoslo tirados en el césped. Le dije que sí; me apetecía estar con él tranquilamente en el parque, bebiendo algo y charlando un rato.

Nos acercamos a una tienda de ultramarinos que estaba justo enfrente, cruzando una carretera. Entró él solo a la tienda y un par de minutos después salió con una bolsa que contenía la bebida, mientras se guardaba la cartera en el bolsillo del pantalón.

Nos tiramos en una explanada de césped que había en el parque, junto con otros grupos de gente y parejas acarameladas. Se tumbó sobre el costado, apoyado en el brazo, y yo me senté tipo indio mientras jugaba con la hierba. Abrió el litro de cerveza y le dio un trago largo, y después me pasó la botella. La cogí con confianza y le di un sorbo; un sabor amargo me recorrió la garganta, pero no me supo tan mala. No sé por qué, pero en ese momento se me vino a la cabeza la situación de mi padre y me quedé un poco ausente.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—¿Eh...? Sí, perdona.

—¿En qué pensabas?

—En nada, no te preocupes —negué con la cabeza.

—Ya, claro... Anda, venga, cuéntamelo —dijo volviendo a coger la bebida.

Dudé en si contarle o no la situación laboral de mis padres, pero ¿por qué no? Me estaba preguntando, así que sería hablar un poco de nosotros y nos conoceríamos algo más.

—Han despedido a mi padre del curro —dije apretando los labios.

—No jodas —exclamó dejando la bebida sobre el césped.

—Sí... —dije bajando la mirada.

—¿Llevaba mucho tiempo trabajando en su empresa?

—Uff, sí, muchísimos años.

—¿Y a qué se dedicaba?

—Estaba en una fábrica de zapatos.

—Oye, lo mismo hablo por hablar, pero mi padre tiene una empresa; a lo mejor puedo hablarle de la situación del tuyo...

Se me abrieron los ojos como platos y me di la vuelta para mirarle incrédula.

—¿En serio? ¿Sí? ¿De verdad? —No sabía hacer otra cosa más que preguntar.

—Sí —dijo riéndose—. Es el dueño de una empresa de ropa; no es lo mismo, pero oye, a lo mejor...

—¡¡¡Sí, sí, sí!!! —dije abalanzándome sobre él y tumbándole en el césped.

—Joder, si sé que te vas a poner así, te lo pregunto antes —dijo abrazándome por la cintura y volteándome hasta quedar sobre mí.

Me quedé supercortada, pero me había salido de la forma más espontánea del mundo. El hecho de pensar que mi padre pudiera encontrar trabajo de nuevo hacía que me olvidara de mis miedos e inseguridades en ese momento.

Una sonrisa traviesa asomó a su boca cuando estaba encima de mí. Me cogió las muñecas y me las colocó en la cabeza mientras las sujetaba con una mano. Su aliento era una mezcla de cerveza y tabaco, un aroma curioso pero atractivo, y ahora mismo lo único que deseaba era que me besara. Con un movimiento maestro se colocó entre mis piernas. Las flexioné por instinto, y la verdad es que estaba más cómoda, aunque tremendamente nerviosa. Mi respiración empezó a alterarse al notarle tan cerca; su cara se aproximó sigilosamente a mi cuello, sin perder el contacto visual hasta que posó ahí sus labios. Yo cerré los ojos y le dejé hacer. Todo esto era nuevo para mí, pero estaba disfrutando mucho de la situación, aunque reconozco que estaba bastante frenética. Fue dándome pequeños mordisquitos en el cuello, que giré por inercia para dejarle más recorrido. Mi respiración cada vez era más acelerada, por tenerle sobre mí y por estar en mitad de un parque donde la gente que pasaba nos veía. Continuó su camino hacia mis labios con pequeños besos y tragué saliva ansiando que llegara a ellos. La espera fue eterna. Cuando lo hizo, cambió la delicadeza plasmada anteriormente por un remolino en mi boca, con su lengua como principal protagonista. Había dejado de lado los remilgos para empezar a notar la fiereza de sus

actos, a los que yo respondía lo mejor que podía, pero cuando quería mover los brazos me impedía cualquier movimiento al forzar más su mano sobre las mías. Noté como su mano libre empezaba a acariciarme la cara mientras bajaba con delicadeza por las clavículas para llegar más tarde hasta la cintura. Me besaba con pasión, sin temor a que la gente nos viera, y yo en una ocasión abrí los ojos mientras nos besábamos para ver si alguien nos miraba. Una pareja mayor sentada en un banco próximo nos observaba con desaprobación y empecé a sentirme un poco incómoda ante nuestro encuentro en público. Intenté separar mis labios de los suyos, pero no me dejaba; seguía jugando con su lengua con fiereza y reconozco que a veces me hacía algo de daño cuando me mordía el labio inferior. Su mano libre se posó en mi vientre y empezó a subir sigilosamente hasta debajo del pecho. Me revolví un poco incómoda y, ante mi gesto, separó sus labios de los míos.

—¿Qué pasa? —dijo jadeando.

—Estoy un poco incómoda aquí..., delante de tanta gente —susurré mientras él seguía besándome el cuello.

—¿Quieres que vayamos a mi casa? Mis padres no están.

¿A su casa? No, no, a su casa, no... Creo que no me había explicado bien; me refería a parar un poco el ritmo, nada más.

—No, necesito un poco de aire —dije con media sonrisa.

Se incorporó un poco y me miró directamente a los ojos, tragó saliva y, mientras yo le mantenía la mirada, resopló y se levantó. Se atusó el pelo y se sentó a mi lado con las manos apoyadas detrás y con la vista al frente. Me daba la sensación de que se había enfadado o, por lo menos, molesto estaba.

Sacó un cigarro del bolsillo trasero del pantalón y se lo encendió con calma.

—¿Estás enfadado? —pregunté mirándole de reojo.

—No —contestó echando la primera bocanada de humo del cigarro.

Apreté los labios y me puse a jugar con el césped que quedaba a mis pies. No sabía muy bien qué decir. Estaba bastante cortada y, aunque él me hubiera dicho que no estaba enfadado, se notaba a la legua que sí lo estaba. Solo había que ver su expresión y lo distante que se mostraba ahora. No sé si todas las relaciones serían así de tensas al principio, pero a mí esto me iba a costar una úlcera. Ni hablábamos casi de nada; las pocas veces que nos habíamos visto habíamos ido casi directamente a besarnos, cosa que también disfruto, pero apenas nos conocíamos y también me gustaría hablar un poquito, y no a la mínima ir a buscar un sitio donde irnos a la cama.

—Mañana vamos a una fiesta para celebrar el final de los exámenes —me atreví a decir.

—¿Sí? ¿Dónde? —respondió sin ni siquiera darse la vuelta.

—Vamos a un local del centro.

Asintió mientras daba otra calada al cigarro. Definitivamente se había mosqueado.

—¿Quieres venir? —Lo mismo mis amigas me matan.

—Bueno, puede que se lo diga a Rafa y a Carlos y nos acerquemos.

—Luego te mando la dirección por WhatsApp si quieres.

—Vale.

Esa conversación, para ser de una pareja que acaba de empezar, era de besugos; la verdad era que solo hablaba prácticamente yo, porque él tampoco decía mucho. Así que antes de que esto siguiera igual, cogí el toro por los cuernos.

—Mora, siento si te he cortado el rollo —me atreví a decirle.

—Nos lo has cortado a los dos —dijo mirándome por primera vez desde que dejamos de besarnos.

—Ya..., es que...

—Que ya está, no pasa nada —respondió volviendo a mirar al frente.

—Sí pasa; estás enfadado. Aunque digas que no, se te nota un montón.

—No estoy enfadado, Naira, es que no lo entiendo.

En ese momento su móvil empezó a sonar. Se lo sacó de los vaqueros y, al mirar en la pantalla quién llamaba, dejó que siguiera sonando mientras volvía a metérselo en el bolsillo.

—¿No vas a cogerlo? —pregunté.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

Ole, esto cada vez iba a peor.

—¿Qué es lo que no entiendes? —le pregunté con algo de miedo ante la respuesta.

Se quedó pensando antes de contestar, supongo que calculando qué palabras utilizar para no sonar muy brusco al querer decirme que era una estrecha.

—Que seas tan...

—¿Estrecha? Venga, que te lo pongo fácil.

—Tú lo has dicho.

Joder, me estaba sintiendo fatal. Mora me gustaba mucho, pero no quería precipitarme y me estaba sintiendo muy presionada por este tema. Además, lo único que había hecho era decirle que prefería que no estuviéramos tan expuestos mientras nos dábamos el lote, nada más.

Le llegaron varios mensajes en ese momento y volvió a sacar el móvil, los leyó despacio y, al guardar el teléfono, me dijo:

—Mira, Naira, me gustas, pero reconozco que no entiendo por qué te muestras tan reticente.

Ahora es cuando me dice que no quiere volver a verme.

—Vas a tener que pensarte bien qué quieres que pase con nosotros —continuó—, porque yo no estoy dispuesto a esperar mucho.

—¿Perdona? —Ahora sí que me había tocado la fibra sensible.

—Que si no vas a querer nada más conmigo...

—Se acaba, ¿no?

—Puede decirse que sí.

—No me parece bien que me presiones tanto por algo. Sabes mi situación.

—Ya, pero somos mayorcitos... y follar no es nada malo, ¡al revés! —dijo con media sonrisa.

—Pero tienes que respetarme —dijo a la defensiva.

—Y lo estoy haciendo, ¿no?

¿Lo estaba haciendo? Todo esto solo contribuía a aumentar más mis inseguridades. Mis amigas me decían que él debía respetarme y esperar a que yo estuviera preparada, pero para tres veces que nos habíamos visto, habíamos acabado medio mosqueados por lo mismo. Esto no iba bien, así que lo mejor, con todo el dolor de mi alma, era llamar las cosas por su nombre.

—Entonces, si no me acuesto contigo, ya no te apetece seguir conociéndome, ¿no?

—A ver... Claro que quiero conocerte, pero soy un hombre y también tengo necesidades —dijo levantando las cejas.

—Me parece un discurso tan machista... —me quejé negando con la cabeza.

—Puede ser, no te digo que no, pero es lo que hay.

—Bueno, pues entonces a lo mejor deberíamos dejar de quedar —sentenció con todo el dolor de mi corazón.

Entonces me miró con sorpresa; no se lo esperaba.

—Yo no quiero dejar de verte. Quiero que avancemos.

—Para mí, es avanzar demasiado rápido, Mora, y siento que no me respetas en ese sentido.

Esta conversación tenía que salir tarde o temprano.

—Naira, te vuelvo a repetir que no te estoy pidiendo robar un banco; te estoy hablando de sexo, nada más.

—Pero tú lo ves fácil porque ya lo has hecho... y supongo que varias veces —susurré mientras él sonreía con autosuficiencia.

—Pues alguna que otra, sí.

Esta conversación no iba a ninguna parte. Él sabía lo que quería y yo ahora mismo no era capaz de dárselo, quizá porque no le conocía lo suficiente, quizá porque necesitaba estar más segura, no lo sé, pero tenía muy claro que no era el momento. No sabía si sería la persona, pero el momento, no. Así que tenía que intentar que lo entendiera, pero tampoco iba a arrastrarme ante él para que me esperara. Todas estas divagaciones me hacían creer que no me gustaría lo suficiente como para entregarle

mi virginidad; supongo que si me encontrara segura, tranquila y respetada no lo dudaría ni un segundo. No lo sé. Esto era más complicado de lo que yo creía. Cloe siempre me cuenta maravillas de su novio, de cómo la trata, de la manera que tiene de cuidarla, que, para ser sincera, no se parece en nada a lo que ahora mismo tengo yo con Mora; pero no todas las parejas son iguales, porque las relaciones que tiene Noe tampoco es que se parezcan mucho a un cuento de hadas, y yo tampoco pretendo que la mía lo sea, pero que tenga algún parecido, por pequeño que sea, tampoco me importaría.

Salí de mis pensamientos cuando volvió a sonar el teléfono de Mora. Esta vez miró quién lo llamaba y sí que lo cogió.

—Ahora voy —respondió.

Vale, ahora sí que tengo claro que no tenemos ningún futuro juntos, cuando acaba de decir que se marcha en plena quedada conmigo.

No sé quién le llamó, pero se excusó con que alguien le necesitaba y tenía que marcharse. Me ofreció acompañarme a casa, pero le dije que no, que ya volvería dando un paseo. Sinceramente, después de que encima me dejara tirada en nuestra «cita», lo que menos me apetecía era que además me acompañara a casa en un silencio incómodo.

Se levantó, me dio un pico, que encima se lo tendré que agradecer, y se marchó.

Capítulo 11



No volví a saber de él hasta que a la mañana siguiente me mandó un mensaje pidiéndome la dirección del local donde era la fiesta a la que iba a ir con mis amigas. Ni un lo siento, ni una explicación, nada. Solo un «buenos días, niña, ¿qué tal?, ¿me das la dirección de la fiesta que me comentaste ayer?».

Definitivamente estaba haciendo el gilipollas de una manera descomunal pensando que Mora y yo podíamos tener algo en común, y encima yo me empeñaba en pensar que sí. Lo mismo al cabo de unos años, con más edad y experiencia, pudiéramos hacer algo juntos, pero entonces creo que no era el momento, así que esa noche en la fiesta se lo diría, por mucho que me gustara.

Sumida en mis pensamientos catastrofistas en relación a lo que tenemos o teníamos Mora y yo, recibí otro mensaje de texto. Cogí el teléfono sin muchas ganas, pensando que sería alguna de estas, pero me sorprendí al ver que era Mora de nuevo.

Naira, se me ha olvidado decirte que he hablado con mi padre en relación a lo del trabajo del tuyo y me ha dicho que hoy a las cuatro de la tarde se pase por sus oficinas; puede ofrecerle algún puesto. Ahora te paso la dirección.

Los ojos se me abrieron como platos. ¿Cómo? ¿Había leído bien? ¡Mi padre tenía una entrevista de trabajo! Salí corriendo al salón llamándole a gritos como una loca ante la incredulidad de la situación en la que me encontraba con la persona que se la había conseguido.

—¡Papá! —le llamé buscándole por el salón.

—¿Qué, qué..., qué pasa? —dijo desde la cocina, donde estaba preparando la comida.

—Papá, ¡esta tarde tienes una entrevista de trabajo! —exclamé dando saltitos con las manos juntas.

—¿Qué? —dijo cerrando el grifo de golpe y secándose las manos con un trapo de cocina.

—El padre de un amigo tiene una empresa y le comenté tu situación y ¡me ha dicho que hoy a las cuatro te pases por allí! —No podía contener mi emoción.

—¿Sí? Pero... ¿cuándo, cómo, dónde? —De repente, había pasado de la calma de lavar las judías verdes a los nervios de un posible trabajo.

—A ver, tranquilo. Es una empresa de ropa, no es de zapatos como en la que tú estabas, pero es trabajo.

—¡Claro, hija! ¡Muchas gracias! Qué nervioso estoy, joder —dijo echándose las manos a la cabeza—. Voy a llamar a tu madre.

—¡Vale!

Me había dado un subidón de moral en ese momento... Me costaba creer que después de cómo habíamos terminado Mora y yo ayer, aún hubiera hablado con su padre para lo del trabajo. Lo mismo me equivocaba con él, no lo sé..., ays, ojalá le cojan.

Mi madre el otro día me decía que le preocupaba que mi padre se fuera cerrando en sí mismo si no encontraba trabajo pronto. Ahora solo podíamos cruzar los dedos y esperar a ver qué pasaba esa tarde.

Después de comer, mi padre se preparó para ir a la entrevista. Mora ya me había mandado la dirección de las oficinas. Tardaría como veinte minutos en coche; aun así, se marchó con tiempo por si pillaba algo de atasco. Me despedí de él con un gran abrazo y un beso de buena suerte.

Les dije a mis amigas que se pasaran por casa a tomar café y así hablar de la tarde de ayer con Mora. Prefería contárselo en persona y, de paso, que se trajeran la ropa que se pondrían para ir a la fiesta y ya nos cambiábamos en casa antes de salir. Además, aprovecharía para que me alisaran ellas el pelo con la plancha. Me dijeron que vendrían sobre las seis, así que, según se marchó mi padre, me tumbé en el sillón un rato a ver la tele hasta que llegara alguno de ellos.

Al final me quedé dormida viendo un programa de televisión que no hace más que criticar a la gente y a los famosos, pero la verdad es que para dormirme la siesta fue muy productivo. Cuando abrí el ojo eran las cinco y media, y me desperté porque escuché la puerta de casa que se abría despacio. Me incorporé en el sillón y me asomé para ver quién entraba, aunque las posibilidades era mínimas; a mi madre le quedaba aún un ratito para volver y yo estaba en casa, así que por descarte tenía que ser mi padre. O a lo mejor era un ladrón y yo tan tranquila esperando a recibirle con una sonrisa en el salón de mi casa. Pero no fue el caso; mi padre asomó la cabeza por la puerta del salón y el corazón se me paró, expectante a que me dijera qué tal le había ido la entrevista. Le miré con los ojos muy abiertos esperando a que hablara, hasta que no pudo evitar esbozar una amplia sonrisa mientras venía hacia mí.

—¿Y bien? —dije.

—¡Empiezo el lunes! —Me abrazó.

—¡Qué dices! —respondí incrédula.

—Voy a estar de prueba al principio, pero por lo menos remunerado.

—¡Qué bien! —Me abalancé sobre él en el sillón.

—¡Sííí! ¡¡¡Estoy que no me lo creo!!!

—¡A ver, cuéntame! —dije incorporándome en el sillón y poniéndome frente a él con las piernas tipo indio.

—Pues nada, voy a estar ayudando a reponer material; no es mucho lo que gano al principio, pero tengo posibilidades de ascender —dijo nervioso.

—¡Qué contenta estoy, papá!

—¡Y yo, hija, y yo! Voy a llamar a tu madre.

Se levantó del sillón mientras se aflojaba el nudo de la corbata y yo sonreía, mirándole sin poder creérmelo. ¡Mi padre iba a trabajar de nuevo! Y todo gracias a Mora. Lo que estaba claro era que debería llamarle o mandarle un mensaje para agradecerle todo lo que estaba haciendo por mí, por mi familia. Así que, sin dudarle, me fui directa a mi habitación a coger el móvil, que se estaba cargando sobre el escritorio. Le busqué en los contactos y le escribí.

¡Han contratado a mi padre! ¡Muchísimas gracias!

No tardó ni un minuto en responder:

Me alegro muchísimo. Nos vemos esta tarde en la fiesta.

¡Ay, es verdad! ¡La fiesta! ¡Mis amigas estarían a punto de llegar! Tenía unas ganas tremendas de dar a Mora un abrazo enorme para agradecerle el nuevo trabajo de mi padre, gracias al suyo. Cuando habían pasado poco más de veinte minutos, llamaron al telefonillo de casa.

—¡Abre tú, papá, que estoy saliendo de la ducha! —dije mientras me ponía el albornoz.

—¡Voy!

Mientras me secaba un poco el pelo con el secador para quitarle la humedad, oí que mis amigas entraban en casa.

—Está en el baño —dijo mi padre.

Abrí la puerta y salí con el albornoz para entrar en mi habitación.

—¡Hola, chicas! —saludé mientras ellas se tiraban literalmente encima de la cama.

—¿Vas a ir así de elegante a la fiesta? ¿Con ese albornoz de la colección primavera-verano? —bromeó Noemí.

Las tres nos echamos a reír, mientras yo imitaba que modelaba en mi habitación.

—Bueno, dejaos de tonterías y cuéntanos qué pasó ayer con Mora —apremió Cloe mientras se ponía uno de los cojines de mi cama encima de las piernas.

—Pufff —respondí sentándome con ellas—, pues no muy bien, la verdad.

Les conté todo lo que había pasado, lo de charlar en el parque tumbados en el césped, lo de la posibilidad de conseguir trabajo a mi padre a través del suyo, lo de mi efusividad abalanzándome sobre él cuando me lo dijo, y de cómo continuó la cosa hasta que le dije de parar.

—Ese tío es gilipollas —dijo Noemí sin contemplaciones—. Pero qué ganas de meterla tiene, ¡madre mía! Que se compre una muñeca hinchable y que se desahogue antes de quedar contigo.

—A lo mejor es que yo estoy siendo demasiado mojigata.

—Tú harás lo que quieras hacer y punto, y si no quiere esperarte, que le den —dijo Cloe.

—¿Y quién crees que le llamó para que se fuera? —pregunto Noemí.

—Pues no lo sé. Al principio sonó una vez y no lo descolgó, cosa que reconozco que me extrañó. Luego le llegaron unos mensajes y después la llamada —respondí alzando los hombros.

Nos enzarzamos en un debate sobre si debía ceder, si no debía hacerlo. Sobre si en la fiesta debería estar más receptiva, si ya tenía una edad para empezar a vivir sin contemplaciones... Salieron divagaciones dignas de copiar para releer en un futuro. Nos reímos de algunas de nuestras ocurrencias, absurdas y locas ocurrencias, como que al final sería Noe quien se lo tiraría con el fin de ver si cumplía unos determinados objetivos para ser el tío con quien perdería la virginidad..., jajaja..., y como esas, muchas.

Antes de empezar a arreglarnos, Noe sacó tres pequeñas bolsitas color morado de su bolso.

—Chicas, tomad —dijo ofreciéndonos una bolsita a cada una.

Cloe y yo nos miramos extrañadas.

—¿Y esto? —pregunté.

—Ábrelo y calla —respondió Noe.

Cloe y yo sacamos de la pequeña bolsa una pulsera. Una pulsera de nudos de cuero morado de la que colgaba un abalorio en forma de unicornio. Elevé las cejas y miré a Noe.

—¿Y esto? ¡Es preciosa, Noe! —dije mientras me la ponía y movía la muñeca para observar más de cerca el unicornio.

Era de plata, con las patas delanteras levantadas y con su inconfundible cuerpo. No era muy grande, lo justo para que no molestara llevándolo en la muñeca. Era perfecto.

—¡Gracias, Noe! —exclamó Cloe mientras la abrazaba.

—Bueno, chicas, hemos terminado el instituto, una etapa de nuestra vida en la que lo hemos pasado bien y no tan bien. Pero siempre unidas. Sois mis «incomprendidas» favoritas. Así que qué mejor que llevar las tres nuestro unicornio con nosotras. El unicornio que nos acompaña en nuestras diferencias y nos hace ver y

entender que en la diferencia está la originalidad. Uno más entre nosotras. ¿Qué os parece?

Cloe y yo nos abalanzamos sobre ella y la tumbamos directamente en la cama. Nuestra «unicornia» tenía un corazón enorme.

Nos pusimos a arreglarnos dispuestas a darlo todo esa noche en la fiesta.

Yo me decanté por un vestido negro palabra de honor, ajustado en el pecho y más suelto en las caderas. Mis amigas me alisaron el pelo en la mitad de la mitad de tiempo que yo lo hacía y me lo dejaron mil veces mejor. Ojos marcados en tonos negros y labios rojos, sandalias negras de plataforma abrochadas en el tobillo y un pequeño bolso negro para guardar lo justo, llaves, móvil y monedero. Un par de gotas del perfume que mis padres me regalaron por Navidad y muchas ganas de pasarlo bien.

Cloe llevaba un vestido largo rojo con generoso escote en V y con estampado floral. Ella sí tenía un buen pecho para mostrar un espléndido canalillo. Aunque siempre se quejaba de que le sobraban unos cuantos kilos.

Por su parte, Noe se había puesto unos pantalones negros pitillo con unos *peep toes* rojos. Un top del mismo color en tela de seda dejaba a la vista el ombligo y el pequeño pendiente que se había colocado en él.

Capítulo 12



La fiesta empezaba a las nueve y no queríamos ser de las primeras en llegar y estar solas, en una esquina de la sala, esperando que llegara la gente. Así que Cloe propuso tomar antes unas cañas en un bar que había cerca del sitio de la celebración y nos pareció bien la idea.

Nunca había estado antes en ese bar, pero me encantó el diseño y lo que se desprendía de él. Todo de madera, pero no de color natural, sino que las vigas de una pared eran una de color verde, otra, roja, otra, morada... Sobre ellas colgaban fotos antiguas. Todas en blanco y negro y con imágenes de mujeres. Las mesas eran pequeños tablones de madera, también coloreados de manera diversa, y las sillas, antiguas, cada una de una forma y color distintos.

Del techo colgaban originales lámparas que daban una luz tenue, pero lo suficientemente fuerte como para encontrarte a gusto y ver perfectamente a quien tienes enfrente. La barra era pequeña. A cargo de ella estaba una mujer mulata, con una gran melena rizada y encrespada, que sonreía abiertamente a los clientes, lo que hacía que al entrar te encontraras como en casa.

Nos pedimos tres Coronitas y la camarera las acompañó con un original aperitivo presentado en pequeños vasos. El contenido era como una crema de color vainilla, con diminutos trozos marrones y una pajita amarilla. Le pregunté a la camarera qué era, porque me pareció superoriginal:

—Es crema blanca de chirivías con setas de cardo —respondió sonriendo.

No me preguntéis qué son las chirivías porque no tengo ni idea y, tal y como nos mirábamos mis amigas y yo, creo que la camarera se dio cuenta y continuó hablando.

—La chirivía es una hortaliza de la que se usa la raíz. —Sonrió—. Es muy parecida a la zanahoria, pero de un color más claro; de ahí la tonalidad que queda después de licuarla —dijo señalando los pequeños vasos.

—Gracias —contestamos las tres al unísono.

Y la agradable camarera abandonó nuestra mesa dejando las tres Coronitas con limón y aquellos originales aperitivos.

—Mmm..., está bueno —dijo Cloe mientras se lamía los labios.

—Sí —respondí observando el vaso.

—Bueno, ¿y qué plan tienes para esta noche, Naira? —preguntó burlona Noe.

Levanté las cejas confundida, respiré hondo y me pensé qué responder, porque ni yo misma lo sabía.

—Pues ni idea, chicas. Después de cómo acabamos en el parque, no lo tengo nada claro. Así que, ¿sabéis lo que os digo? Que paso, que lo que sea, será —dije levantando la cerveza para que mis amigas brindaran conmigo.

Ellas me miraron algo asombradas por mi decisión. Pero ya estaba bien de darle tantas vueltas a lo mismo. Que veía a Mora y la cosa iba bien, pues para adelante. Que la cosa no iba bien, pues a otra cosa, mariposa. No podía estar amargándome todo el día pensando en qué pasaría. Reconozco que me ponía nerviosa al encontrármelo, a quién pretendo engañar, pero no podía mostrarme tan débil ante él. Además, mis amigas me aconsejaban ser tajante con la situación y, aunque me temblaran las piernas cada vez que le tenía delante, les debía, bueno, me lo debía a mí, valorarme y que Mora me valorara como mujer, y no como una muñeca hinchable.

Menos mal que todo esto lo pensaba en mi cabeza, porque no tenía el valor de decirlo en alto.

Brindamos con la cerveza y nos tomamos otra, entre risas, ocurrencias y cada vez más ganas de ir a la discoteca. Así que nos bebimos la Coronita en prácticamente dos tragos y nos dirigimos a la discoteca donde iba a tener lugar la fiesta.

Caminamos hacia el local entre risas y buenos propósitos para esa noche. Pasamos delante de un grupo de chicos, algunos apoyados en un muro y otros enfrente. Tuvimos que pasar por ese pasillo improvisado y empezaron a silbarnos y a decirnos algunos piropos. Unos simpáticos y otros más subditos de tono, pero seguimos caminando agarraditas del brazo y contoneando las caderas, triunfales por haber levantado esa expectación. La noche había comenzado bien en aquel bar y continuaba mejor.

Al final de la calle vimos la iluminación que anunciaba que estábamos llegando a la discoteca que buscábamos. Las luces fluorescentes enmarcaban la fachada y unas grandes cristalerías se abrían para que la gente accediera al interior. Había bastantes personas esperando fuera para entrar. Pintaba bien el sitio. Así que, cuando llegamos, nos pusimos en la fila.

Según íbamos avanzando, vi que una chica joven, espectacular de aspecto, cobraba las entradas. A su lado, un chico vestido de traje y con un pinganillo controlaba el acceso.

Justo cuando nos quedaban un par de chicos delante para pagar, alguien salió fuera y preguntó a la cajera y al portero si todo iba bien. La voz se me hizo familiar,

le miré con claridad y ahí estaba Hugo, el chico con el que choqué en la universidad durante la selectividad y gracias al cual me había enterado de la fiesta.

—¿Hugo? —dije desde donde me encontraba.

En ese momento, él se volvió hacia nosotras y buscó quién le había llamado. Hizo un pequeño barrido con la mirada hasta que se paró en mí.

—¡Anda! ¡Naira! —respondió sonriendo y acercándose a mí a darme dos besos—. Me alegra que hayas venido.

—Sí, te dije que vendría a conocer este «antro de perversión» —susurré.

Una carcajada sonora resbaló por su garganta.

—Es cierto, es cierto... No recordaba las palabras exactas del otro día —asintió sin dejar de sonreír.

Miró a mis amigas y se presentó. Después de saludarlas, también con un gesto cariñoso como es el dar dos besos, se dirigió al chico que estaba en la puerta.

—Miki, son amigas mías. Déjalas pasar sin pagar, por favor.

El portero asintió con la cabeza, pero no hizo ni una sola mueca más, ni una sonrisa ni nada que se le asemejara. Parecía el hombre de hielo. Definitivamente, para ser personal de seguridad de una discoteca, un requisito obligatorio era no sonreír.

—Pero... —dije mientras la chica nos ponía un sello y el portero se apartaba para que pudiéramos entrar.

Hugo nos dejó pasar primero y él entró el último mientras me ponía la mano en la espalda. Al acceder al interior, se abrió ante nosotras una gran sala con luz violeta en la que todo lo que era de color blanco destacaba con fuerza sobre los otros colores. En ese momento, me alegré de llevar ropa interior negra.

—Muchas gracias, Hugo, pero no hacía falta —dije acercándome a su oído para que me escuchara bien a pesar del volumen de la música del local.

—No me las des. Ya que vienes y vas a tener que aguantarme un rato, es lo menos que podía hacer —respondió guiñándome un ojo.

Una gran pista de baile se abrió ante nosotras, rodeada de tres barras, también muy luminosas, en las que había gente que consumía, charlaba, intimaba... Era curioso como en tan pocos días había conocido más discotecas que en toda mi vida. Y el caso era que me empezaba a gustar. Disfrutaba bailando, pasando la tarde noche con mis amigas y, para qué nos vamos a engañar, Mora también era un punto a favor en esta nueva ecuación. No sabía si al final habría venido o no y, aunque quisiera aparentar ante mis amigas que no me importaba en absoluto si venía o no, o si me hacía caso o pasaba de mí, seamos realistas, entré buscándole con la mirada con una sensación de..., cómo explicarlo..., ¿ansia? Aunque la verdad era que, con la de gente que había, sería un poco complicado distinguirlo con claridad, en el caso de que estuviera.

Me planteé mandarle un mensaje y preguntarle si ya estaba allí, pero me contuve y pensé que acabábamos de llegar, que me apetecía disfrutar con mis amigas y luego

si eso le escribiría, aunque tuviera que atarme las manos a la espalda para evitar la tentación.

Hugo nos acompañó hasta la barra; nos colocamos en la que estaba a mano izquierda y encontramos sitio en una de las esquinas. Una vez allí, él accedió al interior a través de una puerta y se colocó frente a nosotras.

—¿Qué os pongo? —dijo sonriendo.

—¿Sexualmente o de beber? —susurró Noe—, porque madre mía con el chico.

Le di un codazo mal disimulado mientras Hugo reía ante su descarado comentario. Las tres nos mirábamos sin saber muy bien qué pedir, hasta que él tomó la iniciativa.

—Os voy a poner una ronda de chupitos mientras os lo pensáis, ¿vale?

—Vale —contestamos las tres al unísono.

Vimos que se movía con maestría tras la barra. Desde luego, no era la primera vez que atendía una, era evidente. Se acercó de nuevo y dejó cuatro vasos de chupito vacíos colocados en fila.

—Vamos con uno suavecito —dijo mientras abría la botella de vodka y vertía el líquido hasta la mitad de cada vaso—. Este chupito se llama tigre. —Y se dirigió a por otra botella; esta vez vi que era licor de melocotón.

Cuando estuvieron los cuatro vasos colmados, nos dio uno a cada una y otro se lo quedó él. Lo alzó en señal de brindis.

—Por vosotras —dijo sonriendo.

—Por ti también —apunté con el mismo gesto.

Nos lo bebimos de un trago. Al no estar acostumbrada a beber alcohol, me cayó como un ladrillo en el estómago; Hugo se rio al ver mi cara y el gesto que tenía después de ingerir el líquido.

—Y ahora, si me permitís, os voy a poner otro un poquito más fuerte, y ya os dejo. Que al final os emborracho nada más llegar y no es la idea —dijo alzando las cejas.

—¿Más fuerte? —exclamé—. ¿El otro no lo era? —pregunté a Cloe entrecerrando los ojos.

—Este solo llevaba vodka, el licor era sin alcohol. Así que prepara el estómago que ahora viene un buen bombazo —respondió ella en mi oído.

No pude evitar (o sí, no lo sé) mirar el trasero de Hugo cuando se dio la vuelta para meter los cuatro vasitos en una cesta que supongo que sería para el lavavajillas. Reconozco que tenía un cuerpazo el tío; ese pelo cortito moreno y esa barba de tres días le quedaban francamente bien. Pero espera, ¿a ti no te gustaba Mora? Sí, claro que me gustaba, pero a ver, tengo ojos en la cara, qué le vamos a hacer, y mirar, de momento, es gratis.

—Nena —me dijo Noe al oído—, cuando nos dijiste que habías conocido a un chico con el que habías chocado en la selectividad, omitiste que estaba buenísimo.

—Pero es que le vi en chándal y con gorra. Aunque reconozco que apuntaba maneras —respondí subiendo dos veces las cejas y mirándola.

Cuando volvió a acercarse a traer los vasos, vi que, en lugar de cuatro, esta vez dejaba tres.

—¿Tres? —pregunté con un mohín.

—Sí, no pretenderás que uno de los organizadores de la fiesta acabe borracho perdido casi al empezar, ¿no? —ironizó con una sonrisa.

—Bueno, si es por eso, te perdonamos —respondí arrugando la nariz.

Volvió a darse la vuelta y cogió tres botellas. Se acercó y colocó dos sobre la barra mientras abría la primera. Tequila. Toma ya. Empezábamos bien; iba a tener razón cuando decía que este iba a ser un poquito más fuerte. Segunda botella, vodka. Esta me la había presentado en el chupito anterior y casi me mata, así que junto con el tequila estaba por llamar al 112 y que la ambulancia me esperara fuera directamente, en plan, «buenas noches, señor médico, estoy a punto de beberme una bomba mortal, así que si no le importa estar a mi lado para que cuando me lo beba y me desmaye no me desnuque contra el suelo, se lo agradecería, gracias». Cuando mezcló los líquidos abrió la otra botella, Martini Rosso. Ole. ¿No tenían por ahí algo que fuera más ligerito? Tendría que haber cenado más. Ahora un refresco y a dormir. Menos mal que no conducíamos ninguna porque, si no, me veía dando positivo en un control de alcoholemia hasta durmiendo.

—Este chupito se llama bombero —explicó Hugo mientras terminaba de echar el Martini Rosso, que casi rebasaba la capacidad del vaso.

—¿Bombero por qué? —preguntó Cloe.

—Porque vais a necesitar un bombero para que apague el calor que os va a provocar esto en el cuerpo —afirmó.

—Mira, Nai, así lo mismo hoy te lo apaga Mora —bromeó Noemí mientras me daba un pequeño pellizco en el trasero.

—¡Noe! —respondí divertida.

Cogimos los tres vasos, brindamos por Hugo, que se despidió de nosotras hasta dentro de un rato porque tenía que ejercer de relaciones públicas y ver que todo iba bien, y sin más dilación nos los bebimos de un trago.

—¡Madre mía! —dije nada más tragar—. ¿Pero qué coño es esto? ¡Debería estar prohibido beber estas cosas! ¡Agua, agua! ¡Quiero agua! —grité mientras me abanicaba cerca de la boca.

Noemí y Cloe se descojonaron al ver mi reacción. Vale que fuera la única con poca experiencia en casi todo, pero tampoco hacía falta que se rieran en mi cara..., ¡qué cabronas!

—¿Una cervecita? ¿Un cubatilla? —animó Noe.

—¡Qué dices! A mí pídemelo un refresco que asiente un poco el estómago, si no, me vais a tener que llevar a casa a gatas.

Me bebí el refresco de un trago. Tan fresquito, tan suave, tan sin alcohol... que me sentó divinamente. Ellas prefirieron empezar con los cubatas. Yo, después de beberme el refresco, me pedí un Malibú con piña, que era lo que bebía Cloe; lo probé y no me desagradó. Estaba dulce, no me dejaba tan mal sabor de boca como el *whisky* que me había pedido Mora en la fiesta del instituto.

Por cierto, ¿habría llegado ya? Miré mi móvil y no tenía ningún mensaje, así que seguí cumpliendo mi promesa y no le mandé nada. Luego ya veríamos.

Estuvimos bailando en la pista un buen rato; nos lo estábamos pasando realmente bien. Reconozco que también los chupitos y la copa que nos habíamos bebido habían hecho que aún estuviéramos más contentas y desinhibidas. Se nos acercaron unos chicos para bailar con nosotras, pero estábamos tan bien solas que no les seguimos mucho la corriente.

Noe nos animó a tomarnos otro chupito para refrescarnos y, aunque al principio Cloe y yo dudamos, luego dijimos «Bah, si por uno más tampoco pasa nada». Inocentes. Yo había oído hablar de que las peores borracheras son las que te pillas a chupitos, pero por lo visto queríamos demostrarlo.

Cuando llegamos a la barra y dijimos que queríamos chupitos, una camarera dirigió la vista hacia una pizarra luminosa en la que figuraban cincuenta nombres de chupito, seguidos de la combinación de bebidas que los formaban. Había nombres tan fuertes que casi prefiero no verbalizar, otros graciosos, pero al final Noe encontró uno que nos pareció bien a las tres. Se llamaba unicornio. No podía venirnos más al pelo. Estaba formado por ron y Blue Tropic; el color azulito que quedaba tras la mezcla era bastante agradable, así que brindamos por nosotras, las «incomprendidas», y nos los bebimos del tirón. Esta vez ya no puse caras raras; supongo que empezaba a llevar en el cuerpo una cantidad de alcohol que me estaba haciendo peligrosamente inmune a él.

Capítulo 13



Estábamos bailando cuando mi móvil vibró. Lo saqué del bolso y vi que tenía un mensaje nuevo. Empezaba a estar algo mareada, pero era un mareo gracioso, divertido. Saqué el teléfono, lo desbloqué y vi que el mensaje era de Mora: «Hola, niña, acabo de llegar a la fiesta. ¿Estás por aquí?».

Miré el reloj; aún me quedaba un buen rato para estar aquí. Hoy mis padres, no sé si por la alegría y la emoción de que mi padre hubiera conseguido de nuevo trabajo o por qué, me habían dejado hasta más tarde. De todas formas, me quedaba poco más de un mes para cumplir los dieciocho, así que el hecho de que me hubieran ampliado hoy el toque de queda me hacía tener buenas perspectivas de cara a cuando cumpliera la mayoría de edad.

—¡Mirad, chicas! —dije con una sonrisa tonta mientras meneaba el móvil delante de sus caras.

—¡A ver, trae! —respondió Cloe quitándomelo de las manos.

—Vaya, vaya —apuntó Noe—. Parece que para ti la fiesta va a continuar, ¿eh, nena? —Esbozó una picara sonrisa.

Me devolvieron el móvil y, antes de contestar a Mora que efectivamente estaba por aquí, les dije a mis amigas que me iba en busca de un baño, que o iba ya o reventaba. Y no era una metáfora. Necesitaba un servicio con extremada urgencia. Atravesé la pista, pasando entre la gente como pude, mareada y con unas ganas de hacer pis que hacía tiempo que no tenía. «Eso me pasa por esperar tanto», me dije a mí misma enfadada. Por fin encontré un cartel donde ponía «Baños» y una flecha a la izquierda. Mi salvación. Llegué lo más rápido que pude y se me cayó el alma a los pies cuando vi una fila de chicas esperando que para mí era eterna. ¿Por qué siempre pasaba lo mismo? ¿Los chicos no tienen ganas de mear o qué? No lo entiendo. No podía esperar tanto o me lo haría encima. Empecé a dar saltitos a ver si así me aguantaba más las ganas, pero no. Lo que se me vino a la cabeza fue colarme en el baño de los chicos, pero entraban y salían sin parar, aunque no se formara cola en ese

aseo. Y estamos de acuerdo en que tenía muchas ganas, pero tampoco quería montar un espectáculo.

Al ver que la fila no avanzaba en el aseo de mujeres, intenté buscar otra alternativa. Y se puso delante de mis narices como por ciencia infusa. Ante mí había una puerta con un pequeño cartel donde ponía «prohibido». La puerta estaba cerrada y había una probabilidad entre mil de que la llave no estuviera echada. Así que, sin casi darme cuenta, me encontré con la mano en el pomo de la puerta y, como por arte de magia, giró. No me lo podía creer. Abrí despacito asomando ligeramente la cabeza y ante mí apareció un pequeño despacho con una mesa de madera de frente, un pequeño flexo encendido y un armario detrás. Era muy pequeño, pero, cuando me asomé, vi que a mano derecha quedaba una puerta entreabierta. «Esta es la mía», pensé. Entré en el despacho, no sin antes mirar atrás por si alguien me había visto, pero allí solo había gente bailando y disfrutando de la fiesta. Cerré la puerta del despacho y mi deseo fue concedido al ver que a la derecha había otra que daba a un pequeño baño.

Ni me lo pensé. Entré sin ni siquiera encender la luz, ya que se veía un poco gracias al flexo de la mesa del despacho, y me senté en la taza a hacer pis. ¡Por fin! ¡Qué alivio!

De repente, escuché como se abría la puerta del despacho y se cerraba de un portazo. La luz del baño se encendió y me quedé paralizada al ver a un desconocido en el umbral en una situación tan incómoda como en la que me encontraba yo.

—¡Pero qué cojones...! —dijo poniéndose la mano en el pecho del susto y dándose la vuelta hasta quedarse de espaldas a mí.

Me levanté corriendo, me coloqué el vestido y solo se me ocurrió decir:

—Perdón..., yo...

—¿Perdón? —repitió indignado—. Pero ¿qué coño haces tú aquí dentro? ¿¿¿No has visto en la puerta un prohibido??? —gritó.

—Es que... —Pero no me dejaba hablar.

—¡Sabes que puedo denunciarte por esto!

Me quedé mirándole sin poder emitir ningún sonido. ¡No me esperaba ni mucho menos que me pillaran! Joder, si es que esto me pasa por idiota, por no haber esperado la fila del puñetero aseo.

—¿No vas a decir nada? —gritó poniendo los brazos en jarras y sosteniéndome la mirada con un rictus serio.

—Eh... —tragué saliva—, en el baño de las chicas había mucha cola y no me aguantaba.

Ahora sí que te has lucido.

Emitió un sonido gutural mientras negaba con la cabeza y se atusaba el pelo. Después se mordió el labio y siguió mirándome. Parecía que iba a estallar en cualquier momento.

—Fuera —sentenció con una calma forzada—, fuera de aquí.

Agaché la cabeza y salí de allí con la vista clavada en el suelo, sin detenerme a mirar atrás, como había hecho antes al colarme en un sitio al que solo le faltaba poner en la puerta «Naira, no pases» para que me hubiera quedado fuera sin ni siquiera haberme planteado colarme como lo había hecho. Pero cuando estaba fuera, y supongo que el alcohol tuvo mucho que ver con el acto de valentía que iba a producirse en ese momento, entré de nuevo en el despacho como un huracán.

—Mira, bonito, yo me habré colado sin permiso, pero a ti nadie te da derecho a gritarme así, ¿vale? —dije señalándole con el dedo índice.

En ese momento, él estaba mirando unos papeles sobre la mesa y se dio la vuelta sobresaltado tras mi apoteósica reaparición.

—¡Hala! ¡Ya lo he dicho!

Y cuando me disponía a marcharme con la cabeza bien alta, el desconocido me cogió de la muñeca.

—Eh, eh, eh... ¿no pretenderás colarte en un sitio privado y que te aplauda, no? —dijo irritado.

—Pues mira, no, pero tampoco espero que me griten y me traten tan mal. Seguro que tú habrías hecho lo mismo en mi situación —respondí altiva.

¿De dónde coño estaba yo sacando esa fuerza? No sé, pero me sentía bien. Me sentía potente.

—Mira —dijo el desconocido cogiendo aire, como pensando qué decir—, no tienes ni puñetera idea ni de cómo soy ni de la manera en la que actuaría yo en esta situación —su mirada era enfurecida—, así que vamos a olvidar este... joder, no sé ni cómo definirlo... Bueno, lo que haya sido, y vete de mi despacho ya, por favor —dictó remarcando las dos últimas palabras.

Nos miramos los dos con rabia durante unos segundos, hasta que me di la vuelta y, antes de salir, dije:

—Hasta nunca, maleducado.

Y cerré la puerta enfadada pero temblándome las piernas. ¿Qué se había creído ese chico? ¿Que por ser jefecillo podía tratar así a la gente? Vale que yo me hubiera colado en un sitio que no podía, ¡pero tampoco había robado nada! ¡Solo quería usar el baño! ¡Tampoco había cometido un delito! ¿O sí? ¡Bueno, no lo sé! Ese chulo y prepotente me había gritado y ¡eso no se lo consentía a nadie!

Me fui superenfadada hacia la pista en busca de mis amigas. Miré donde las había dejado antes de tener el altercado con ese chico, pero no las vi. Mandé un mensaje a Cloe, que rápidamente respondió y me dijo que estaban en la barra pidiendo algo, así que me acerqué allí y, efectivamente, la camarera les estaba sirviendo.

Cuando me vieron con esa cara de pocos amigos, no dudaron en preguntarme.

—¡Joder, qué careto! —se rio Noe—. ¿Qué coño te ha pasado?

—Nada, que acabo de tener una bronca con un... gilipollas —respondí enfadada.

Las dos se empezaron a reír, no sé si por mi manera de definirle, por mi cara de enfado o por mi estado después de beber lo que no me había bebido en la vida.

—No os riais, joder, que estoy con un cabreo... —dije mirando al techo.

—A ver, vamos por partes —dijo Cloe—. ¿Quieres tomar algo y luego nos cuentas?

Me quedé pensando qué tomarme; ¿me pedía otra copa o empezaba a frenar ya? Miré el reloj, valoré las posibilidades que tenía y el tiempo del que dispondría para que se me bajara el pedo hasta llegar a casa de mis padres y decidí pedirme otra copa. Le dije a la chica que no me echara mucho alcohol, un cubata «cortito», y ella me sonrió y asintió. El primer trago me refrescó. Nos quedamos un ratito en la barra mientras les explicaba a mis amigas el altercado que había tenido con aquel impresentable, y ellas, aunque me apoyaban, no evitaron decirme también que es que me había colado donde no debía. Pero, bueno, Noe me dijo:

—Mira, no te preocupes. Tampoco estabas haciendo nada malo, así que olvídalo y disfruta.

Asentí y, en principio, intenté olvidarme firmemente del incidente, pero no se me quitaba de la cabeza la mirada de aquel chico, entre enfadada y calmada, ni la manera en que me había sujetado de la muñeca, firme pero suave. No sé, pero algo me decía que no me iba a olvidar tan fácilmente de aquel chaval.

Capítulo 14



No sé cuánto tiempo había pasado desde que habíamos vuelto a la pista a bailar, pero Cloe estaba un poco mareada y decidimos salir fuera un rato a que le diera el aire, aunque reconozco que a mí tampoco me venía nada mal. Tenía tanto calor entre la gente, el cabreo después del incidente y supongo que el alcohol también tendría algo que ver, que agradecí un poco de aire fresco.

Cuando salimos había más gente que había pensado lo mismo que nosotras. Nos apoyamos en un coche rojo que estaba aparcado frente a la puerta mientras preguntábamos a Cloe si se encontraba un poco mejor.

—Es que no he comido nada desde el mediodía, será por eso... —apuntó.

—¿No has comido nada antes de salir? —pregunté extrañada.

—No. No tenía hambre.

—Pues me voy a acercar a la esquina, que hay una tienda de esas que abren veinticuatro horas, y te traigo algo.

—No hace falta, Nai —respondió Cloe.

—Sí, sí hace falta. Además, así me da un poco el aire. ¿Quieres algo, Noe? —pregunté dirigiendo la mirada hacia ella.

—Sí, mira a ver si algún dependiente está cañón y me lo traes —contestó guiñándome un ojo.

—Joder, qué tía —dije seguido de una carcajada.

Cuando iba caminando hacia la tienda, me acordé de que ¡no había escrito a Mora! Había estado tan cabreada por lo que me había pasado antes en aquel despacho que, increíblemente, me había olvidado de él. Saqué el móvil de mi pequeño bolso, lo desbloqué y vi que tenía otro mensaje suyo.

¿Naira? Sigo en la discoteca; si lo lees, escíbeme.

Me lo había enviado hacía justo seis minutos, así que me dispuse a responderle explicándole que el otro lo había leído, pero que entre unas cosas y otras se me había

pasado escribirle, y que ahora me dirigía a comprar algo de comer para mi amiga, que no se encontraba bien, y que estábamos fuera, nada más salir. También le puse que yo tardaría poco más de cinco minutos en volver.

Le di a enviar y, justo cuando estaba guardando el móvil e iba a doblar la esquina para entrar en la tienda, me di de bruces con un chico.

—¿Naira?

—¡Anda, Hugo! ¡Perdona! —dije apurada y sonrosada—. Parece que nuestro destino es saludarnos a base de encontronazos.

—Ya ves. ¿Vienes a comprar? —preguntó señalando la tienda con la cabeza.

—Sí, una de mis amigas estaba un poco mareada y vengo a por algo de comer.

—¿Sí? ¿Necesitáis algo? ¿Queréis que la acerquemos al centro de salud? —se ofreció.

—No, tranquilo. Dice que apenas había comido hoy, así que supongo que ese factor será importante —respondí alzando las cejas.

—Bueno, pero por si necesitas algo, apunta mi teléfono, ¿vale?

—No te preocupes —dije.

—Venga, va, apúntalo por si acaso.

Marcó mi número de teléfono en el suyo y me hizo una llamada perdida; así ya grabé su teléfono y él, el mío.

—Bueno, ¿nos vamos, Hugo? —dijo un chico por detrás mientras guardaba algo en una bolsa.

—Sí, claro —respondió él.

—¡Coño! ¡Mira quién está aquí! —dijo el amigo de Hugo con sorna.

—No me lo puedo creer —susurré llevándome la mano a la frente.

—¿Os conocéis? —preguntó Hugo alternando la mirada entre su cara y la mía.

—Pregúntale a tu amiguita —respondió el chico rubio con aires de suficiencia.

Los dos me miraban esperando que respondiera, pero yo no sabía muy bien qué decir. Si ser agradable porque Hugo no tenía culpa de nada o mandar a su amiguito a la mierda de una manera tajante y contundente. Así que tanto tardé en decidirme que Hugo rompió el hielo.

—A ver..., lo que tengo claro es que os conocéis, pero no sé de qué. Y algo me da que no os caéis demasiado bien por lo poco que os conozco. Hago presentaciones oficiales y así sabéis de qué os conozco yo.

Aquel chico y yo nos sosteníamos la mirada; la mía era de muy enfadada y la suya de prepotente. Me estaba poniendo de los nervios que no retirara esa sonrisita ladeada.

—Naira, te presento a Gael, mi socio. Gael, esta es Naira, la chica que te dije que conocí en la facultad cuando fui a poner los carteles de la fiesta.

—¿Tu socio? —pregunté incrédula.

—¿La chica supuestamente tan «simpática» —dijo— que habías conocido? —preguntó mirándole.

—Sí y sí —respondió mirándonos alternativamente—. ¿Y ahora me vais a decir vosotros de qué os conocéis?

Me quedé pensando un momento hasta que dije:

—Mira, Hugo, tengo algo de prisa por mi amiga, así que, si eso, que tu «buen» amigo Rafael...

—Gael —dijo enfadado.

—¿Qué?

—Que me llamo Gael, no Rafael.

—Ah, sí, perdona —dije yo, esta vez con soberbia—. Pues eso, que tu amiguito te lo cuente. Hablamos en otro momento, ¿vale, Hugo?

—Vale, guapa. —Y se acercó a darme dos besos—. Y si necesitáis algo tienes mi número, ¿entendido?

—Entendido —respondí sonriéndole.

Ni miré a Gael cuando me decidí a entrar en la tienda, pero no había dado ni dos pasos cuando oí detrás de mí:

—Hasta nunca, maleducada.

Otra vez esa insoportable sonrisita. Es que le cogía ahora mismo y le daba un... uff, ¡es que me ponía muy nerviosa! No podemos negar que la vida es un pañuelo. Si antes quería perder de vista a aquel maleducado, resulta que me lo encuentro de bruces, y no solo eso, sino que es el socio de Hugo. ¡Venga ya! ¿Dónde estaba la cámara oculta? La noche estaba siendo de lo más completita.

Me di una vuelta por la tienda, buscando algo de comer para mis amigas, y al final cogí unas barritas de chocolate con leche que tenían muy buena pinta y una botella pequeña de agua. Cuando fui a pagar, inevitablemente me fijé en el cajero que me estaba cobrando y pensé en el encargo que me había hecho Noe de llevármelo si estaba bueno. Y, hombre, no es por nada, pero no creo que fuera su tipo; para empezar, porque estaría ya casi a punto de jubilarse, y creo que a Noe no le gustan tan mayores, y porque, independientemente de la edad que tuviera el empleado, físicamente tampoco pensaba que fuera su tipo. Pero, oye, en cuanto llegara se lo describiría y que ella decidiera. Qué loca estaba. Esa chica me tenía fascinada.

Capítulo 15



Mientras me acercaba a donde había dejado a mis amigas, vislumbré la silueta de Mora de espaldas a mí. No es que estuviera segura, es que estaba convencida de que era él. Durante el último año de instituto, mi cuerpo había generado un extraño poder que hacía que reconociera a Mora en cualquier sitio y desde cualquier perspectiva.

Me atusé el pelo casi sin darme cuenta y enderecé la espalda a la vez que mis tacones golpeaban los baldosines de la calle. Cuando ya casi llegaba, él se dio la vuelta y, al verme, esbozó una media sonrisa bastante canalla. Reconozco que me gustó y que provocó algo en mi interior. Yo también sonreí, para qué os voy a engañar; no era inmune a ese tipo de sonrisas.

Me recibió con un beso suave en los labios, que acepté sonrojada.

—Estás preciosa, niña —dijo mirándome de arriba abajo.

—Gracias —respondí animada—. Gracias por lo del empleo de mi padre, de verdad.

—No es nada.

Les entregué a mis amigas la bolsa que contenía lo que había comprado. Noe la abrió para otear qué había dentro y se relamió solo al ver el chocolate. Rápidamente lo desenvolvió y le entregó un pedazo a Cloe, que, la verdad, tenía bastante mejor cara que antes de que yo me fuera, aunque seguía algo pálida.

—¿Cómo estás? —le pregunté a mi amiga.

—Bueno... Un poco mejor con el aire fresco —resopló—, pero sigo estando como muy cansada —contestó con un mohín.

—¿Quieres que nos vayamos a casa? —pregunté poniéndole la mano en el hombro.

—La verdad es que no creo que tarde mucho en marcharme —apuntó.

—Pero no te preocupes —dijo Noe—. Tú quédate un rato más si quieres —me ofreció haciéndome un gesto con la mirada casi imperceptible para nadie, menos para mí.

—Claro, Naira, yo luego te acompaño a casa si quieres —dijo Mora agarrándome por la cintura.

Miré a mis amigas como pidiéndoles permiso para quedarme un rato más con él. Ellas, con una sonrisa, me lo dijeron todo. Degustamos las tres el chocolate ante la mirada de Mora, al que ofrecimos el dulce, pero dijo que no le apetecía. Yo seguía algo tocada por lo que había bebido esa noche; la última copa que me había tomado creo que empezaba a estar en el punto más alto de su máxima expresión.

Mientras me despedía de mis amigas, Mora dijo que tenía que ir al baño, que le esperara ahí que ahora venía. Así que pude decir adiós a mis amigas más tranquila y sin una conversación repleta de códigos encubiertos.

—Bueno, nena, a ver qué haces... —dijo pícara Noe.

—Pues irme a casa en nada —respondí—. Ya sabes, tengo toque de queda, y no es que Mora se vaya a convertir en calabaza, pero yo sí que me quedaría encerrada en el castillo una temporada si llego tarde.

—¿Estás segura de que quieres quedarte? —preguntó Cloe alzando las cejas.

¿Mi amiga tenía un sexto sentido? ¿O era capaz de leer en mi cabeza lo que estaba pensando en ese momento? Porque, y no me preguntéis por qué, algo me decía que me tenía que ir ya a casa, con mis amigas, y comentar esa noche tan divertida y, por mi parte, algo accidentada, que habíamos pasado. Pero, bueno, vería a Mora un rato y me marcharía a casa.

—Sí, tranquila. Mañana os cuento qué tal —respondí dándoles un pequeño beso en las mejillas—. Y tú, Cloe, cuídate y descansa, ¿vale?

—Vale. Lo haré.

—Mandadme un mensaje cuando lleguéis.

—Sí, mamá —vaciló Noe.

Después de despedirnos, vi como se alejaban por la acera de espaldas a mí. Habíamos venido andando; en unos quince minutos o como mucho veinte estarían en casa. Así que, por inercia, miré la hora en mi móvil para saber más o menos a qué hora tendrían que llegar.

Me apoyé de nuevo en el coche rojo mientras esperaba a Mora. Estaba un poco mareada y algo achispada, pero no me encontraba mal. Crucé los brazos sobre el pecho mirando hacia la puerta de la discoteca, esperando a que él apareciera, y en un par de minutos lo hizo. Salió y se acercó a mí mientras me cogía por la cintura y me daba un beso salvaje. Al cerrar los ojos me mareé un poco, así que puse las manos en sus hombros y poco a poco me separé.

—Espera, espera. Estoy un poco mareada —dije sonriendo y pasándome la mano por la frente.

—¿Sí? ¿Has bebido? —sonrió malicioso.

—Un poco —respondí achinando los ojos.

—¿Un poco? —Arqueó una ceja—. Yo creo que ha sido algo más que «poco».

—Bueno, vale..., más que poco —asentí.

Una sonrisa lobuna irrumpió en su boca. Su gesto cambió. Ahora su mirada era más salvaje y sexual. Sostuvo la mía y con voz ronca susurró:

—Me encantas, niña.

Y después me empezó a mordisquear el cuello. La sensación me gustó, pero luego noté como empezaba a succionarlo cada vez más fuerte y, aunque disfrutaba mucho de lo que me estaba haciendo sentir, y reconozco que el que nos viera la gente en ese momento no me importaba mucho, me removí un poco.

—No quiero chupetones —susurré— ni marcas que luego tenga que tapar para que mis padres no me castiguen de por vida.

Noté como sonreía y dejó de chuparme el cuello.

—Vale, nada de marcas —musitó mirándome de nuevo a los ojos.

En ese momento, Gael, el «jefecillo» con el que había tenido el encontronazo, salió de la discoteca. Nuestras miradas se cruzaron y él sonrió, negando con la cabeza. Miró de soslayo a Mora, después a mí, y siguió caminando en la misma dirección de la tienda donde antes nos habíamos visto.

—Bueno y... ¿qué quieres que hagamos? —preguntó Mora ladeando la cabeza mientras me miraba.

—Pues... —dije alzando la mirada al cielo— beber ya no voy a beber más, porque si no acabaré yendo a casa haciendo el pino. —Él sonrió—. Entrar, no voy a entrar, porque necesito que me dé el aire. Y por la hora que es, creo que debería empezar a plantearme ir a casa —terminé de decir mirándole.

—Pues venga, vámonos —dijo decidido.

—¡Qué decisión! —reí.

—No tenemos tanto tiempo hasta que tengas que estar en casa como para perderlo en tomar decisiones.

Me cogió de la mano y caminamos con ligereza en dirección contraria hacia la que estaba mi casa.

—Mi casa está por... ¡allí! —dije riéndome mientras buscaba dónde señalar. Mierda de alcohol. Me había dejado como ida.

—Lo sé, lo sé. Pero me he traído la moto y la tengo aparcada en la calle siguiente, por eso vamos en esta dirección.

—¿Moto? ¡Nunca antes he montado en una! —dije asustada.

—Siempre hay una primera vez para todo, niña —dijo dándome un cachete en el trasero.

Di un respingo y seguimos caminando hasta que llegamos a donde su moto estaba aparcada. Era negra, muy grande en mi opinión, aunque esta no fuera ahora mismo muy objetiva y menos de noche. No sé de dónde, pero sacó dos cascos y me ofreció uno. Lo cogí dubitativa y le miré.

—No corras, ¿eh? —le dije.

—Tranquila —respondió—. Póntelo —dijo asertivo señalando el casco.

Me lo puse y al principio note que me asfixiaba; me sentía la cara superoprimida ahí dentro, respiré hondo y me lo abroché. Se subió él primero a la moto y se acomodó en ella, luego me hizo un gesto con la mano para que subiera yo, pero ¡no tenía ni idea de cómo hacerlo! ¡Encima con un vestido! Bueno, finalmente, con su ayuda y a riesgo de que todo el mundo me hubiera visto la ropa interior, me subí y le abracé con fuerza por la cintura.

Cuando encendió el motor, rugió con fuerza, y al acelerar ya ni os cuento. Estaba muerta de miedo; sentía mucha inestabilidad en esa moto, por muy seguras que había oído decir que eran, pero claro, era la primera vez que montaba en una y mi miedo se podía sentir en cualquier parte de mi cuerpo.

Empezamos a rodar por la carretera bajo el fuerte sonido del motor; a gritos le fui indicando por dónde tenía que ir a mi casa, aunque estábamos cerca de ella. No quedaba mucho para que llegáramos cuando vi que se desviaba por otro camino. Le grité que por ahí no era, pero no debió de escucharme, porque siguió por otra avenida. Le di un par de golpecitos en la espalda para hacerme oír, pero solo levanto una de sus manos en señal de «espera» y siguió hasta un lugar no muy lejano a mi casa. Reconocí el parque enseguida. Aparcó la moto y paró el motor. Yo me bajé de ella sin mucha destreza, tengo que reconocerlo, y él hizo lo mismo después. Nos quitamos el casco casi a la vez y se lo tendí para que lo guardara.

—¿No me llevabas a casa? —pregunté.

—¿En serio creías que te iba a llevar ya? —sonrió canalla.

Guardó los cascos y me cogió de la mano con fuerza. Comenzamos a caminar mientras nos adentrábamos en aquel frondoso parque. No había nadie, o al menos no se veía a ninguna persona por allí. Algunas farolas lucían por aquel paseo, pero más de una emitía una luz intermitente, que hacía que la luminosidad de la zona fuera bastante escasa. Tiró de mí hasta una explanada de césped enmarcada por unos altos matorrales. Allí hizo que me sentara y, de rodillas ante mí, empezó a besarme con fiereza hasta tumbarme sobre la hierba.

—Tranquilo —susurré.

—No tenemos tiempo, niña, o llegarás tarde a casa —respondió poniendo una de sus manos en mi cara y la otra en mi cintura.

Me sentía un poco mareada, como si mi cuerpo estuviera fuera de mí y lo viera todo desde otra perspectiva. Y lo que veía desde ahí no me estaba gustando demasiado. Mora me había abierto las piernas hasta conseguir colocar sus caderas junto a las mías. Pero yo llevaba un vestido (las otras veces iba con pantalones y la sensación era distinta), y ahora empezaba a notar su excitación de manera más directa. Comenzó a restregar las caderas con descaro sobre mí mientras me cogía las manos y me las sujetaba sobre la cabeza y la suya quedaba libre.

—Mora, despacio..., yo...

—Ya lo sé, eres virgen. Déjate llevar, niña —respondió en un tono que no me gustó demasiado.

Su mano libre empezó a tocar con fuerza uno de mis pechos por encima del vestido. Alternaba besos ariscos en los labios con otros en el cuello y el escote. Me empecé a remover inquieta, porque estaba siendo un poco brusco y no me estaba gustando.

Bajó su mano libre hasta el final de mi vestido y, arrugándolo, lo levantó hasta dejar mis braguitas al aire. Me removí, pero no me dejó. Empezó a tocarme por encima de las bragas con los dedos y yo eso no lo permití.

—Para, Mora —dije molesta.

Pero no me hizo caso.

—¡Para! ¿Es que no me oyes? —dije más alto mientras me removía con toda la fuerza que podía.

—Anda, tonta, si lo estás deseando —susurró en mi escote.

—¡Que no quiero! ¡Quita!

Y conseguí mover las piernas hasta darle un rodillazo en la entrepierna.

—¡Agh! —Sonó un grito mudo—. ¡Serás puta! —Y me dio una bofetada—. Te vas a enterar.

Retiró mis braguitas para cubrir mis partes con su mano y sus dedos con una fuerza tal que me hizo llorar.

—¡Déjame! —grité.

Pero no me escuchaba. Bueno, sí que me escuchaba, pero no me dejaba moverme. Pataleé todo lo que pude, con los brazos intenté por todos los medios zafarme de él, pero nada. No podía. Tenía mucha más fuerza que yo. Cuando empecé a gritar, me tapó la boca con la mano.

—¡Cállate, zorra! —dijo rechinando los dientes y mirándome con los ojos inyectados en rabia—. ¡Cállate! —repitió.

—¡Suéltame! Suéltame y no diré nada, ¡por favor! —sollocé.

Pero no me dejaba; no sé de dónde sacaba tanta fuerza para tenerme casi inmóvil bajo su cuerpo. Empezó a desabrocharse el botón del pantalón vaquero. No, eso no. No quería. Estaba aterrada, temblando. ¡Que alguien me ayude! Intenté gritar. Pero no había ni un alma en aquel parque y, tal y donde estábamos situados, era bastante difícil que se nos viera.

Aproveché un descuido cuando me soltó las manos para bajarse un poco el pantalón, le di una patada no sé dónde que le tiró para atrás, y pude levantarme a trompicones para echar a correr.

—¡Joder! —grito él—. ¡Ven aquí, niñata!

Seguí corriendo como alma que lleva el diablo. Incluso me quité los zapatos para poder hacerlo con mayor ligereza. Hasta que le escuché gritar.

—¡Cuenta esto a alguien y consigo que a tu padre le pongan en la puta calle ya!
¡Te voy a hacer la vida imposible, zorra, como se te ocurra abrir la boca!

Corrí y corrí sin destino mientras las lágrimas me resbalaban por el rostro. No sabía ni dónde estaba; el pánico me había hecho perder cualquier atisbo de orientación. Estaba despeinada, con el vestido colocado de cualquier manera, descalza y con la ropa interior deshilachada. No podía parar de mirar hacia atrás, pero no veía a nadie. ¿Dónde coño se había metido? El terror que sentía hizo que me mareara y me cayera de rodillas en el suelo. Si venía detrás de mí, me cogería ahora mismo. Llegué a una avenida algo más transitada y, con torpeza, conseguí ponerme los zapatos. El sudor se mezclaba con mis lágrimas. Pero ¿qué coño había pasado? Estaba aturdida y caminé lo más rápido que pude intentando adivinar dónde me encontraba.

Miraba hacia los portales, las tiendas, para ver si algo me era conocido, pero no, no sé si del pánico que sentía o porque realmente nunca había estado allí. Respiraba con dificultad, buscaba todo el rato el lado de la calle donde hubiera gente, aunque fuera una pareja, pero que hubiera alguien. ¡No quería estar sola! Daba vueltas sobre mí misma, buscándole; seguro que me estaría siguiendo. ¿Dónde coño estaba mi casa? Reconocí a lo lejos unas luces que me resultaron familiares, ¡era la discoteca donde habíamos estado antes! ¡Mi casa no podía estar lejos! Así que caminé hacia la discoteca para poder orientarme desde allí. El corazón me iba a mil por hora.

Por lo menos ya sabía dónde estaba, ahora solo faltaba llegar a casa. ¿Solo? ¡Estaba muerta de miedo! Cogería un taxi que me dejara en el mismo portal. Sí, eso haría. Aunque el trayecto fuera corto, las piernas ya no me respondían.

En la misma calle de la discoteca, cerca de la tienda veinticuatro horas, había una parada de taxis. Me acerqué hasta ella caminando como pude, atusándome un poco el pelo para que el taxista no pensara que era una borracha o una drogadicta o lo que fuera; solo quería subirme al taxi, llegar a mi casa, darme una ducha y llorar. Llorar mucho.

Llegué a la parada, pero no había ninguno allí estacionado, así que miré a los dos lados de la carretera buscando una lucecita verde que me advirtiera de que se acercaba un taxi libre. Y a lo lejos lo vi, uno que venía en mi misma dirección. Fui a subir el brazo para que parara cuando, de repente, y sin saber de dónde venía, alguien me agarró de la muñeca con fuerza.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

BIOGRAFÍA MARÍA BEATOBE



María Beatobe nació en Madrid un 14 de febrero de 1979. Educadora Infantil de profesión y graduada en Educadora Social, practica la docencia desde hace dieciséis años en un centro educativo.

Su vida diaria se desarrolla entre el cuidado de sus mellizos, el trabajo en una casa de niños y la escritura en los tiempos que consigue sacar.

Escritora de romántica desde los quince años, es amante de caminar descalza, sentarse en el suelo y cantar a voz en grito en el coche.

Esta es su cuarta novela publicada, tras *¿De verdad existes?*, *Cuando es amor, las mariposas nunca mienten* y *Déjame cuidarte*.

facebook: maria beatobe escritora

twitter: @mariabeatobe

instagram: @mariabeatobe

pinterest: maria beatobe

Confié en ti
Por amor I
María Beatobe

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Oneinchpunch / Shutterstock

© María Beatobe, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2017

ISBN: 978-84-08-16856-0 (epub)

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

